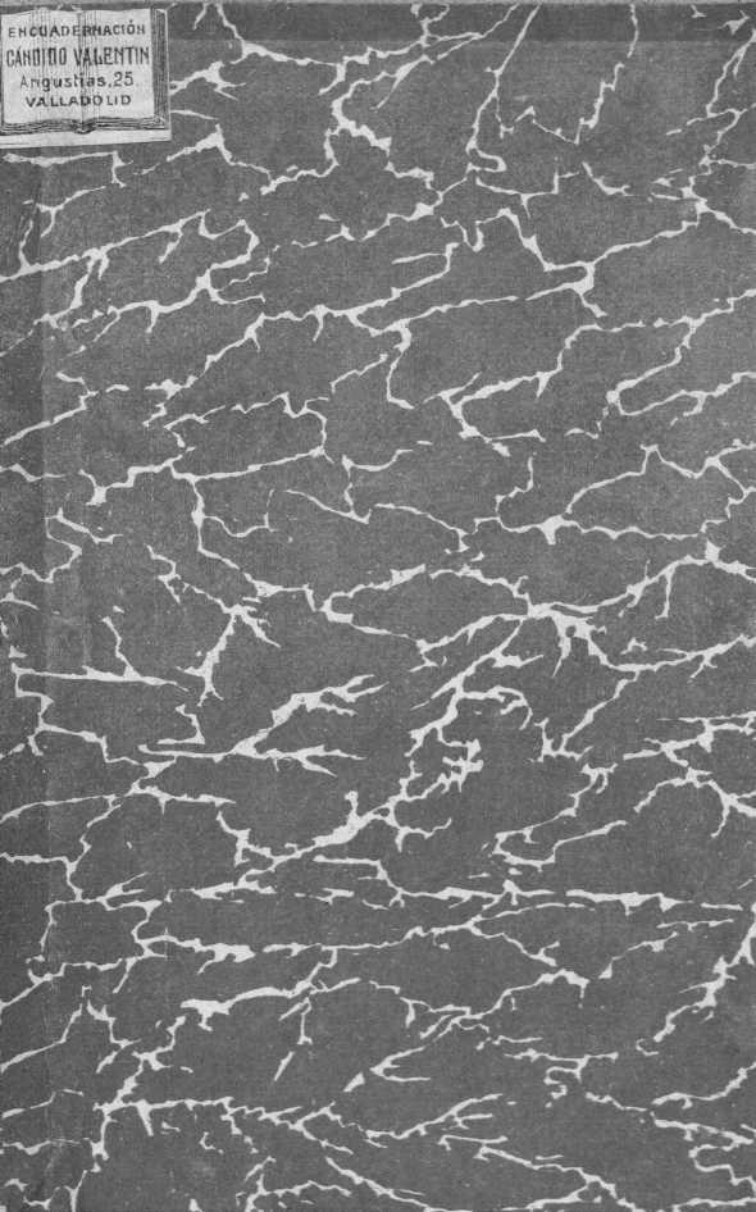
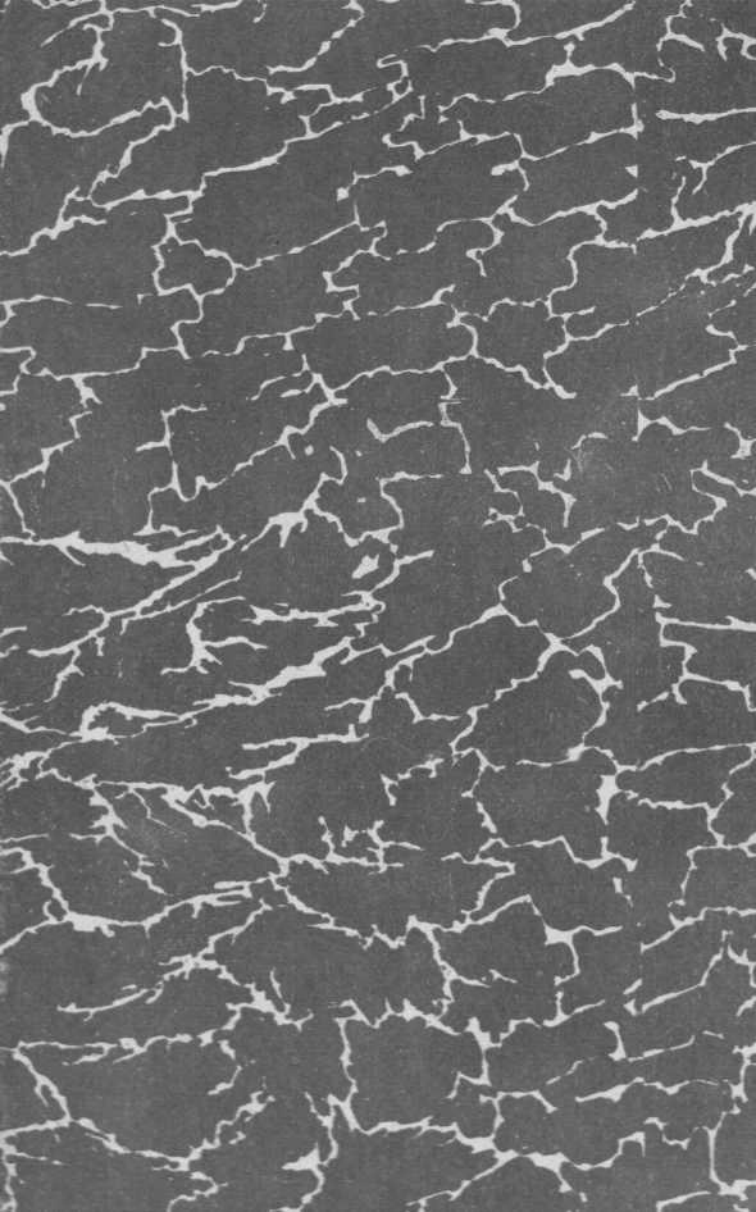


ENCUADERNACIÓN
CANDIDO VALENTIN
Angustias, 25.
VALLADOLID





52
907

Est. 40

Tab. 1^o

Núm. 4777

R. 70.656

LEOPOLDO
CANO



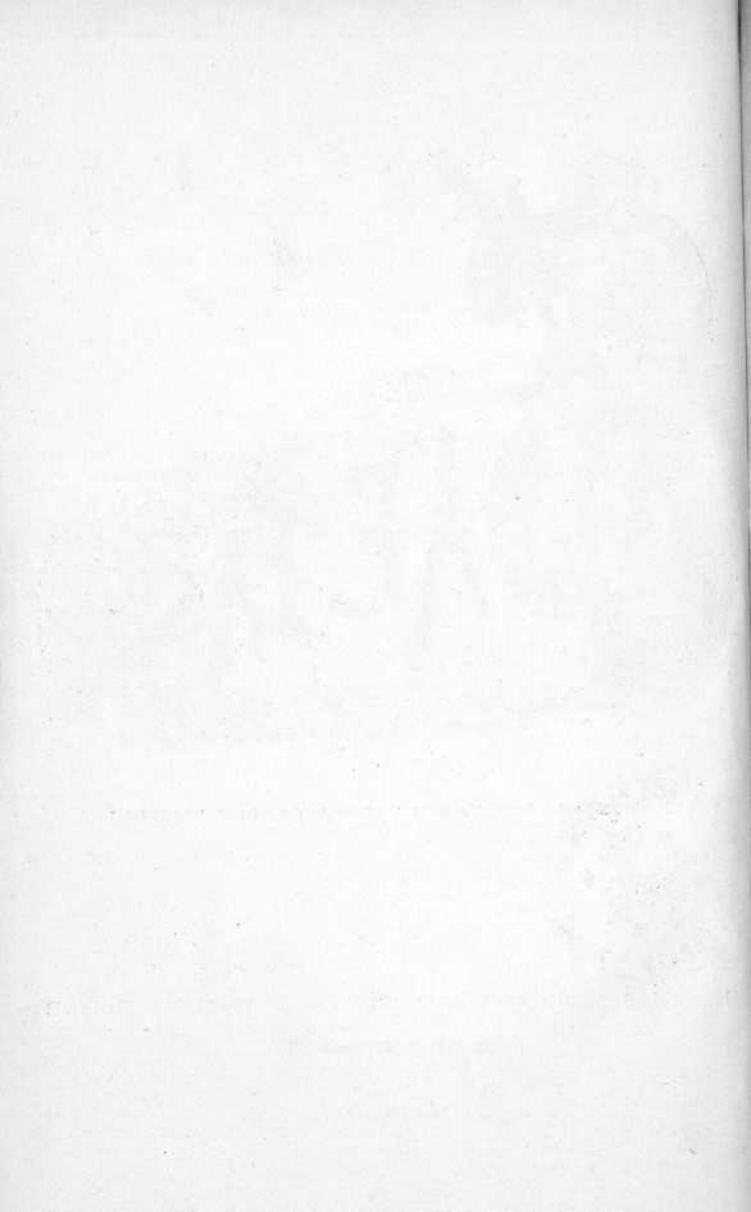
ILUSTRACIONES POR E. DE LA CERDA Y OTROS ARTISTAS

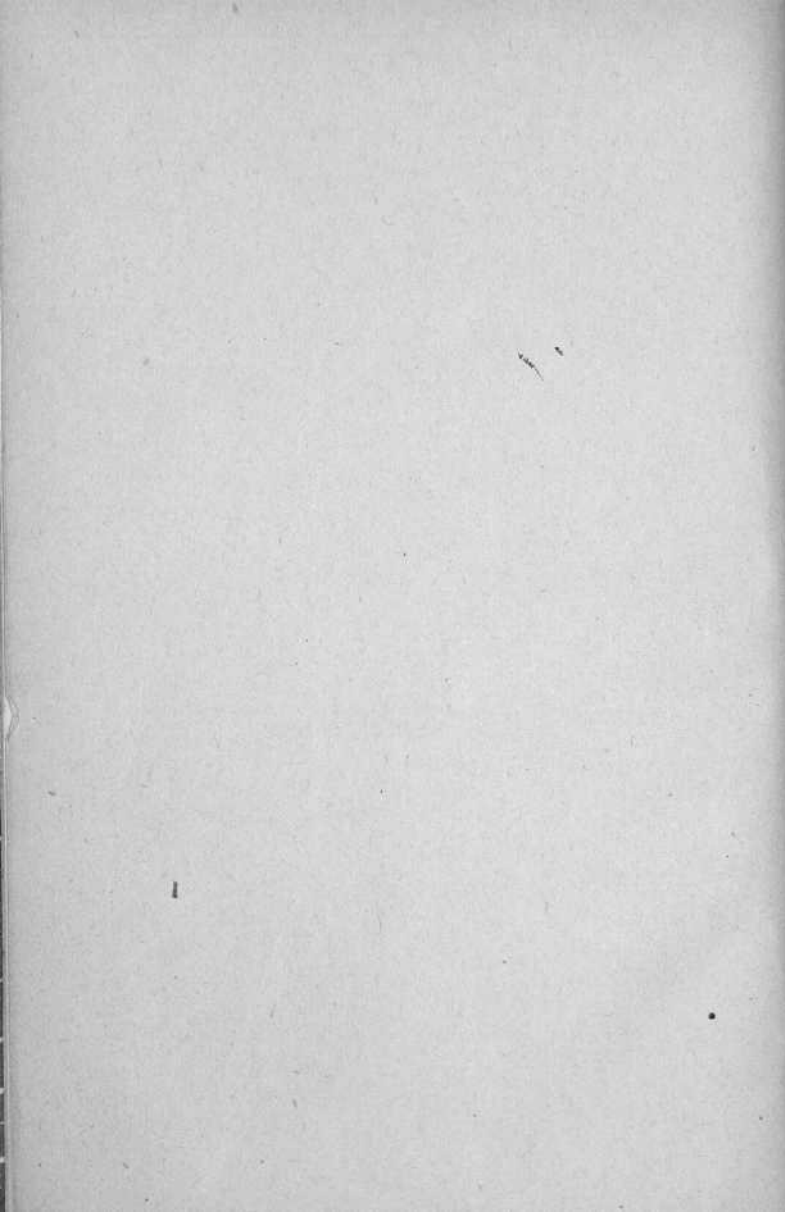


SEGUNDA EDICIÓN

DIRÍJANSE LOS PEDIDOS Á EDUARDO HIDALGO, EDITOR
Cedaceros, 4, segundo.

MADRID

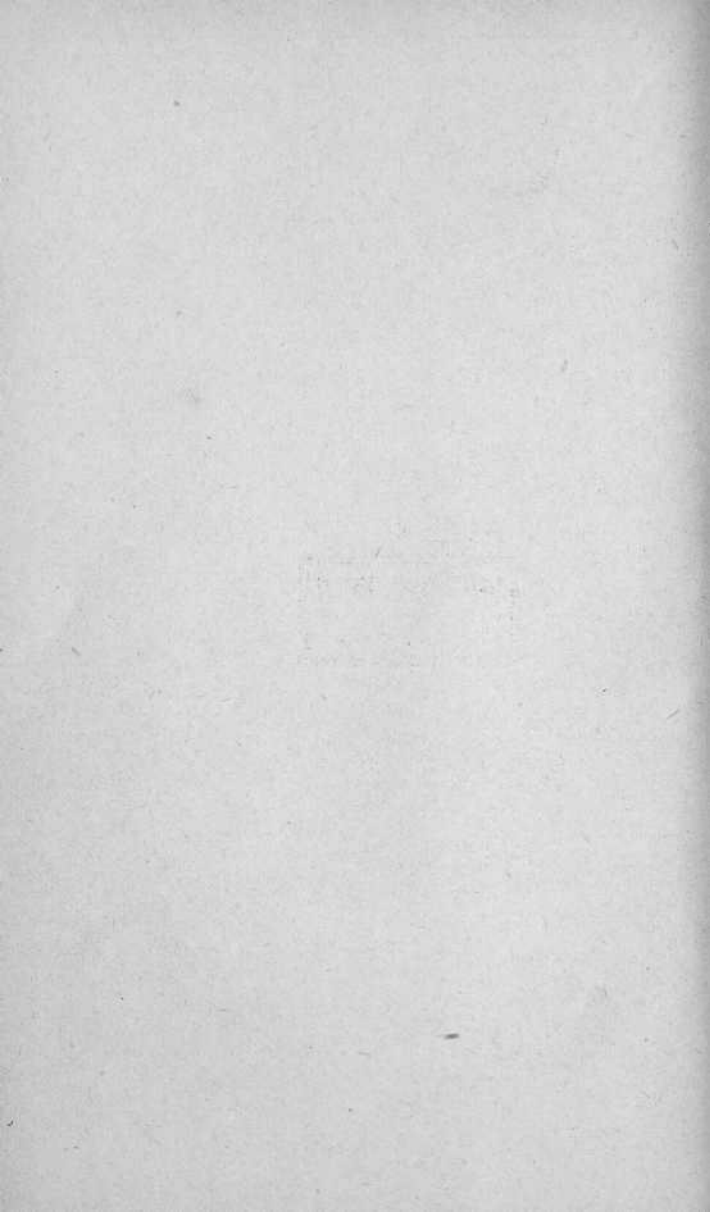




Obrigado de los hijos del au-
tor a la Biblioteca Popular
del Estado.

SAETAS

3-P.



BIBLIOTECA POPULAR

VALLADOLID



LEOPOLDO CANO

SAETAS

POESÍAS ILUSTRADAS

SEGUNDA EDICIÓN



LOS PEDIDOS Á EDUARDO HIDALGO, EDITOR

Cedaceros, 4, segundo.

MADRID

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



EL TRIUNFO DE LA FÉ (1)

Fide muri Jericho corruerunt.

(SAN PABLO.)

Ancha es la sacra vía
que va al Anfiteatro, y todavía
á su pesar se funde y se codea

(1) Premiada por el Ayuntamiento de Madrid, con la Violeta de oro, en el Certamen literario de 1878.

el pueblo-rey, con la canalla *aquea*.
 Himnos de gloria, lúbricas canciones,
 acentos de dolor, imprecaciones,
 se mezclan en extraño desconcierto.
 Ya el crujir de la férula, que hostiga
 los corceles de rápida *cuadriga*,
 que transporta al *pretor*... y á su *liberto*;
 ya el gruñido estridente del beodo,
 que danza con abyecta cortesana,
 al caer desplomado sobre el lodo,
 lecho nupcial de la impureza humana;
 ya una risa que acaba en un quejido;
 ya un lamento, seguido de una nota
 que espira sollozando, apenas brota
 de *ctmbalo* sonoro mal tañido;
 todo á la vez resuena confundido
 y dice, en las palabras de ese idioma
 en que se explica un pueblo conmovido,
 que hoy es gran día y se divierte Roma.



Por la fiesta, el *Edil* dejó el Consejo;
 apoyado en su báculo va el viejo,

Thomas S. C.



arrastrando su cuerpo hácia la cuesta
 donde el Anfiteatro se divisa,
 y la toga *pretexta*
 recoge el joven, por andar de prisa.
 En vano algún *lictor*, con golpe rudo,
 por abrir paso al senador ceñudo
 flagela al vil esclavo, hijo de Grecia,
 que su aviso colérico desprecia;
 el esclavo se aparta
 rechazando el empuje que le ahoga,
 mas no bastante, y la romana toga
 se roza con la *clámide* de Esparta.
 La muerte el extranjero merecía,
 mas hoy el senador es tolerante;
 á su adusto semblante,
 como rayo de luna en noche umbría,
 una sonrisa de placer asoma...
 que un tigre envidiaría.
 Hoy correrá un raudal de sangre impía;
 hoy se divierte la triunfante Roma.



Mirad allí al *patrono* y su *cliente*
y al altivo *Pretor*, á quien saluda
un *parásito* vil, humildemente;
hácia el Anfiteatro van sin duda.
Turba de *histriones* con alegre coro
el ritmo imprime de grotesca danza,
y, muellemente reclinada, avanza
en su litera de marfil y oro,
la meretriz procaz, casi desnuda,
que en el cuello de nieve
acaso más valor en joyas lleve
que pudiera costar la tribu entera
de los siervos que llevan su litera.
Se ríen los *histriones*;
sonríe la ramera,
y no les faltan, en verdad, razones.
Han traído de Libia una pantera
y un *gladiador* responde de la fiera.
Hoy se derramará sangre cristiana
y al *Circo* va la alegre caravana.
Hoy es día feliz, día de broma,
pues con la sangre se divierte Roma.



¡Grandioso Anfiteatro! ¿Veis el solio
 que ocupa aquella escuálida persona
 pálida, como muerto con corona?
 Pues ha costado más que el Capitolio.
 Rojo dosel, con arrogante emblema,
 se refleja sangriento en su diadema;
 perlas hay á sus plantas
 tachonando el cojín; pero son tantas
 y de modo tan triste resplandecen,
 que torrente de lágrimas parecen
 de las madres cristianas, que han llorado
 á los piés del verdugo despiadado.
 Cien mil espectadores
 se agitan en la inmensa gradería;
 en el *pódium*, los graves senadores,
 para ver de más cerca la agonía
 de una niña, que al medio de la arena
 empuja un gladiador. ¡Soberbia escena!
 La fiera va á salir. Llegó la hora.

Se aleja el gladiador; la niña llora;
 la plebe ruge; el bronce toca á muerte;
 el rey bosteza; el pueblo se divierte.



¿Quién es la niña? ¿Cuál es su delito?
 ¿Por qué la turba con salvaje grito
 su aparición saluda?

Miradla triste, resignada, muda,
 sin temor, sin orgullo y sin enojos,
 pues es cristiana, y sufre los agravios
 sin entreabrir las rosas de sus labios,
 sin llorar por los cielos de sus ojos.
 Su mano hace una cruz, y en ella imprime
 el beso ardiente de la Fé sublime.

¡Qué ternísima escena!
 Es la rosa besando á la azucena.
 Ha buscado el suplicio, y no es suicida,
 porque va á conseguir la eterna vida.
 Se humilla y vence. Cuando muere un lirio,
 al cielo va su delicado aroma;
 el alma se sublima en el martirio

cuando el mísero cuerpo se desploma,
 ¡Piedad! dice una voz. ¡Inútil ruego!
 Es implacable el populacho ciego.
 El César hizo la señal de muerte
 y su pueblo con sangre se divierte.



¡Impía Roma! De tu ley severa
 es digno ejecutor esa pantera.
 Tu víctima sucumbe; un raudal brota
 del níveo seno por la horrible herida;
 pero toda esa sangre, gota á gota,
 abrasará tu frente maldecida.
 El héroe muere, pero no su ejemplo.
 Lo que es Circo, mañana será templo.
 No celebres tu efímera victoria;
 en ese Anfiteatro has erigido
 un pedestal al mártir, que ha ceñido
 el lauro inmarcesible de la gloria.
 Escucha el alarido de la guerra.
 El coloso de cieno se derrumba.
 ¡Pesa mucho la losa de una tumba

que mártires encierra!
¡Roma crüel! No vistas férrea malla
ni acudas presurosa á la muralla.
Has de morir. ¡Herido está de muerte
el püeblo que con sangre se divierte!





LA RETIRADA

DE

LOS TRES

Circundada está Tolosa
por muchedumbre carlista
que en ramales de trinchera
esconde su valentía.
Suenan por todos los cerros
cornetas que desafinan,



y sochantres (y aun sopranos)
dan voces ejecutivas.
El cañón espanta el miedo
de artilleros de capilla
que disparan por los aires
proyectiles que los silban.
En las abruptas laderas
de las montañas graníticas,
parecen brotar del suelo
amapolas entre espigas,
y son haces apretados
de aleve fusilería
y boinas, muy coloradas
por andar tan escondidas.
A muerte y rebato suena
el bronce en Santa María,
cuya torre aportillada
ostenta una cruz bendita,
doblada de un metrallazo
por la gente que va á misa
á darse golpes de pecho
con la mano fratricida.
Cuanto más el tiempo pasa,
es la situación más crítica.
Por el río corre sangre;

con el hierro, el aire vibra;
de la tierra, brota fuego;
del cielo, plomo graniza;
cada zanja es una huesa,
un reducto cada cima,
muralla cada peñasco
y polvorín cada ermita.
Y mientras crece el estruendo
que los ecos centuplican,
sobre un pedestal de escombros
y cadáveres y astillas,
Tolosa, augusta matrona,
entre el humo que la asfixia,
tremolando una bandera
encarnada y amarilla,
apenas resguarda el seno
con el escudo hecho trizas.

Oiga el señor Xenofonte,
casco en mano y de rodillas,
aunque después de Cunaxa
cruzó la tierra enemiga
gobernando á *Diez mil griegos*
(que es cosa difícilísima)

y no nos aburra Francia
con su eterno Beresina,
que retirada más celebre
presenciaron las Provincias,
y la hicieron tres soldados
y lo tomaron á risa.

Llegó la noche, y saliendo
de Tolosa, á la sordina,
paso franco á hierro puro
la guarnición se practica,
dejando muchos valientes
en las trincheras carlistas.
Juan Palomo y Pedro Ponce,
soldados de infantería,
y un lancero, sin caballo
(que Expósito se apellida
por llamarse cualquier cosa
como nombre de familia),
sin saber lo que pasaba
y abrumados de fatiga,
roncaban á pierna suelta
en un pajar de la villa;
y, al despertar azorados

por el rumor de la liza,
 su columna estaba lejos
 y el enemigo á la vista.
 Lo prudente era rendirse,
 mas también cosa ridícula
 entregar al enemigo
 la lanza y las carabinas;
 y, en un *Consejo de guerra*
 celebrado á toda prisa,
 hablando los tres á un tiempo,
 formalmente determinan
retirarse en escalones
 á través de los carlistas.
 El lancero es más antiguo,
 porque entró primero en quinta;
 y, en tres columnas de á uno
 dividiendo su milicia,
 ordena romper la marcha,
 en dirección rectilínea,
 y con precauciones táctico—
 ofensivo—defensivas.
 Lanza al hombro, alta la frente
 y las espuelas muy limpias,
General, Reserva y Centro
 de la hueste decidida,



él va por la carretera
(por ser de Caballería)
conduciendo la *vitualla*,
que es un pan de pocas libras
y una sarta de chorizos
de carne desconocida.
A su diestra, el más moderno
de los infantes camina,
flanqueando por el monte
al alcance de la vista,
á guisa de *ala derecha*,
pues no hay ala de otra guisa.
El otro va junto al río
registrando las orillas,
con orden de no hacer fuego
si la ocasión no es propicia,
por no tener en la marcha
más *bajas* que las precisas.
De esta manera, que el Arte
de la guerra determina,
en una marcha famosa,
histórica y no verídica,
recorren catorce leguas
por la comarca enemiga,
donde hasta los hongos nacen



con la chapa de carlista.
Como nadie espera tropa
en la dirección que arriban,
produce sustos atroces
su inesperada visita,
y más de un valiente siente
temblores de pantorrillas,
y aún hay calvo que supone
que los pelos se le erizan.
A veces un centinela
á nuestros héroes divisa,
y da la señal de alarma,
y cuenta que ve guerrillas
de una columna de *guiris*
que, en buen orden, se aproxima
y allí es el sacar gemelos
y apostar á buena vista,
pero al contar enemigos
el que menos centuplica,
y al lancero desmontado
regimiento se imaginan,
y sueñan dos batallones
donde ven dos carabinas.
Ya previenen las cornetas
que se forme á toda prisa;

todos corren; todos mandan;
 nadie escucha al que le grita,
 y se cruzan, y se encuentran,
 y se oprimen, y se pisan,
 y son muchos los que juran
 y muy pocos se santiguan,
 que al que le aplastan un callo,
 aunque sea absolutista,
 lo que es al pronto, no dice:
 ¡Viva la Virgen María!
 Se guarnecen las trincheras,
 las masas entran en línea,
 despliegan los tiradores
 á los toques de fagina...

.....

Y el de la lanza lo observa,
 á sus guerreros avisa,
 y (siempre por escalones)
 la retirada principia.
 Otras veces en el hueco
 de una peña se cobijan,
 mientras las huestes marciales
 del enemigo desfilan,
 al son de marchas guerreras
 de algún *Vanger* organista.

Y, después de mil rodeos,
peripecias y fatigas,
ora cruzando pantanos
con el fango á las rodillas;
ora trepando á los riscos
donde el águila se anida;
ya dejando en los jarales
uniformes y camisas,
y áun pedazos, no pequeños,
de cosas esencialísimas;
ya fumando alguna punta
de tabaco de colilla;
siempre marchando hácia el Norte
con el instinto por guía;
siempre durmiendo *de paso*
que caminaban de prisa,
avistaron su columna
al cabo de nueve días,
envueltos en tres guiñapos,
más negros que una morcilla,
con el último cartucho
metido en las carabinas,
y el lancero con su lanza
y las espuelas torcidas.

.....

Y... al ver la facha grotesca
que los valientes traían,
alguno gritó: ¡Que bailen!
¡Y los dieron una silba!
Muchas veces los autores
de hazaña tan peregrina,
al hacer de sus proezas
la relación humorística,
observan que los oyentes
tienen triste la alegría,
pues se les cae una lágrima
y les retoza la risa.





¡CARIDAD! (1)

En territorio español,
donde es más ingrato el suelo
y más transparente el cielo
y más despiadado el sol,
sus casas, en los alcores
y en los riscos y las lomas,
como nidos de palomas,
hicieron los labradores,
que, transformando en verjel
el agrio suelo infecundo,
tan ignorantes del mundo
como olvidados por él,

(1) Después de los terremotos de Andalucía.



sólo se daban razón
de que en España vivían...
porque á menudo tenían
que pagar contribución.

—

Una noche, de la sierra
por las vertientes rodando,
baja el alud anunciando
la convulsión de la tierra...
Todo comienza á oscilar,
se estremece ó se derrumba;
se alza la losa en la tumba;
tiembla la cruz del altar;
se abre el suelo en derredor;
se hunde el puente con estrago;
el río se torna en lago
y crece, amenazador;
y, entre tinieblas de duelo,
amagan á un tiempo mismo
bajo la tierra, el abismo,
y la tormenta en el cielo.

.....

En un grito horrible y vario
el delirio hace explosión...

Cada choza es un montón
de ruinas sobre un osario.
Allí, entre escombros sujetos,
hay seres hechos pedazos,
y, en espantosos abrazos,
se rompen los esqueletos...
Alguien sale, medio loco,
de las ruinas; y otro gime
bajo el peso que le oprime
y le ahoga poco á poco;
y hay seres vivos, ilesos,
con los muertos soterrados;
y labios ensangrentados
que se dan horribles besos;
éste grita; el otro corre,
mudo como sombra humana;
dobla á muerto la campana
al desplomarse la torre...
Seres en triste orfandad
se postran... y tiembla el suelo;
alzan los ojos al cielo...
y estalla la tempestad;
huyen, y caen de hinojos;
van á orar, y el templo rueda;
lloran, y la polvareda

entierra el llanto en sus ojos.
 ¡Madre!...—gritan.— ¡Compasión!...
 Y, al oír ese alarido,
 toda España ha respondido:
 ¡Hijos de mi corazón!

.....

Madre de huérfano es
 la patria que nos implora.
 Busquemos dinero ahora;
 ya rezaremos después.
 Bien es que al cielo se acuda,
 mas sin pompa ni boato;
 rece el clérigo barato,
 que hay mucha gente desnuda.
 Cada cual á dar se obligue
 poco ó mucho, plata ó cobre;
 el rico, lo que le sobre,
 el pobre, lo que mendigue;
 y, siendo de oro de ley,
 véndase, si es necesario,
 hasta la cruz del rosario
 y la corona del rey;
 pues el Mártir de pasión,
 que Rey de los reyes era,
 tomó una cruz de madera

por signo de Redención;
y es tan grande su humildad,
que sólo se ha reservado
las perlas... que al desdichado
arranca la Caridad.



SAETA

La vida del hombre malo:
Primero, el ocio y el lujo;
después, el juego y el robo;
y, luego, el Juez... y el indulto.





ERA MANCO! ⁽¹⁾

Con extraña habilidad
un soldado, poco á poco,
queriendo pintar un loco,
retrató á la humanidad.
Como dijo la verdad,
dejó al mundo descontento,
y, mendigando el sustento,
murió de hambre el pobrecito,
acusado del delito...
de tener mucho talento.

(1) Leída en el teatro Español.

En obra tan singular
 que rival no ha de tener,
 España aprende á leer,
 el mundo aprende á pensar.
 De aquel tesoro sin par,
 Cervantes, con rica vena,
 puso tanto en cada escena,
 en una página sola,
 que (aun siendo la obra española)
 España la encuentra buena.

—

Hoy dice el mundo (y se engaña):
 «¡Pues no era manco el autor!»
 Mas quien hizo tal primor,
 salió manco de campaña.
 Si por la gloria de España
 que en el QUIJOTE se encierra
 Europa nos arma guerra,
 decid con desdén profundo:
 «El mejor libro del mundo
 lo escribió un manco en mi tierra.»





À la Patria ⁽¹⁾

DURANTE LA GUERRA
CIVIL

Esa que veis mermada y abatida,
al resplandor del rayo de la guerra,

(1) Premiada en el certamen celebrado en Gerona el año 1873.

y en un lago de sangre convertida,
fué la nación más grande de la tierra.
¡Patria desventurada! Ese alarido,
que multiplica el eco de la sierra,
es el grito salvaje prorumpido
por un pueblo que lucha, rencoroso,
con el bélico estruendo enardecido.
Ese fragor solemne y pavoroso,
más que la voz del huracán sañudo;
ese acento fatídico y medroso,
es el ronco estridor del bronce rudo.
Mi patria se desgarrá en la pelea;
hierro á hierro combate y sin escudo;
la espada fratricida centellea
sobre ruinas y míseros despojos
y, al reflejo indeciso de la tea,
sólo vislumbran los airados ojos,
villas desiertas, bosques incendiados,
y flores deshojadas entre abrojos,
y mujeres y niños enlutados.
¡Do quier el yermo y la sangrienta pira
y las *auras* siguiendo á los soldados!
¿Por qué tanto rencor? ¡Por qué con ira
invocáis á la patria infortunada?
¿Peleáis por su gloria? ¡No! ¡Mentira!

Contemplad esa enseña acribillada,
cuya sombra cubría al mundo entero,
hoy sangrienta, abatida y enlutada.
Es el pendón glorioso y altanero
que tremoló en los muros de Gerona,
ante el águila audaz del extranjero.
¿Por qué habláis de la patria? Esa matrona
que colocó en la sien de un soberano,
del Imperio la múltiple corona.
y, de Flandes al suelo aráucano,
fué á pregonar, con himnos de combate,
la excelsitud del pueblo castellano;
esa, que en las derrotas no se abate,
y, al encontrar esclava á la Victoria,
con un poco de hierro hizo el rescate,
contempla triste el libro de su historia,
mal oculto el sonrojo de la frente
con el laurel marchito de la gloria.
Volved en torno la mirada ardiente;
y sentiréis rubor en la mejilla.
Mientras corre un raudal de sangre hirviente;
cuando el puñal de la discordia brilla
y ruge, opreso en alevosos lazos,
el león indomable de Castilla;
¡en Cuba, acribillada de balazos,

flota, á medio arrollar, nuestra bandera!
 ¿Por qué habláis de una patria hecha pedazos
 sin acotar con huesos la frontera
 de este jirón de España, que parece
 menguada cárcel de la estirpe iberá!
 ¡Herido por el plomo se estremece
 el árbol de la patria, moribundo,
 que, llorando sus hojas, desfallece!
 Era el seno de Iberia tan fecundo,
 que hombres, valor y hierro producía
 para llenar los ámbitos del mundo;
 en sus dominios no espiraba el día,
 ¡y, hoy, un quiñón de tierra mal sembrado
 el nombre ostenta de la patria mía!
 Solamente ese nombre venerado,
 que pronuncia mi acento conmovido,
 de la madre común nos ha quedado.

.....
 Pueblo español, ¡despierta! pues rendido
 con tanto batallar, yaces inerte
 en el charco de sangre que has vertido.
 Sacude ese letargo de la muerte
 antes que, revolviéndose en la herida,
 el puñal extranjero te despierte.



A CARTAGENA (1)

Cartagena, la sirena,
la serrana macarena,
la perla de más valía
que engarzó la mar bravía
entre el oro de la arena
del edén del Mediodía;

(1) Leída en el teatro Máiquez des pués del estreno de *La Opinión pública*.

pues te dignas hacer caso
de un pobre coplero raso
que anda con un memorial
á la puerta del portal
del portero del Parnaso,
y no pasa del umbral,
sobre este augusto proscenio,
pedestal que al patrio genio
tu esplendidez proporciona,
quiero hacerte una corona,
si hallo flores en mi ingenio
¡hermosísima matrona!

Cartago, la soberana;
Cartadjanah, la sultana,
que este templo has erigido;
hoy el eco conmovido
de la lira castellana
viene á regalar tu oído;
y contará en todas partes
cómo tus dones repartes,
y, para afrenta de ruínas,
que, elevando entre jardines
santuarios de las Artes,
los pueblas con serafines.

Este proscenio suntuoso
será el marco primoroso
de los cuadros que, á porfía,
roben á la fantasía,
con ingenio caprichoso,
los alumnos de Talía;
del boceto franco y rudo
en que se pinta al desnudo
esta farsa de la vida;
de la imagen, admitida
por retrato concienzudo
de la verdad... escondida.

Aquí vendrán trovadores
á cantarte himnos de amores
y á evocar en tu memoria
los recuerdos de la historia,
que ilustraron tus mayores
con los timbres de su gloria;
y, entre los rotos sillares
de tus muros seculares,
de sus tumbas ignoradas
surgirán apresuradas,
al eco de esos cantares,
tus legiones laureadas;

y verás á tus valíes
en marciales lelíes
prorrumpir batalladores,
y, á calados miradores,
asomarse las huríes
prisioneras entre flores.

Por la lira convocados
para servir de dechados,
aquí vendrán tus guerreros,
tus valientes marineros,
tus poetas inspirados,
tus cumplidos caballeros...
Cartagena, la sirena
dormida sobre la arena;
la flor de la serranía
que besa el albor del día
y riega la onda serena
con lágrimas de alegría;
aunque manos primorosas
te harán coronas preciosas
y aunque paraíso eres
donde brotan esos seres,
que yo creo que son rosas
y aquí pasan por mujeres,

arrancada de un rosal
 que hay en su país natal,
 esta flor de aroma escaso
 te ofrece un coplero raso,
 que anda con un memorial
 á la puerta del portal
 del portero del Parnaso.



SAETA

«¡Ya no se escribe una obra
 que no ultraje á la decencia!»
 —Sí; desde que usted no cobra,
 el Arte está en decadencia.

←





CUENTO
DE
UN GIGANTE

¡A Malorcha! ¡Tan bon día!

«Escuchad un instante
al pobre trovador aventurero,

aunque os moleste el ruido discordante
de su viejo laud desafinado,
pues quizás, al acento entusiasmado
con que prorrumpa en cántico guerrero,
despertará vibrante,
si duerme perezoso en la memoria,
el eco dulce de la patria gloria.
Voy á contar hazañas de un soldado...
dije mal... es el cuento de un gigante,
un coloso, de hierro coronado,
cuya sombra cubría el mundo entero.
Ese gigante fué... ¡Jaime primero!

I

»Allá, sobre la cumbre de las olas,
de cuya blanca espuma
se tapizan las playas españolas,
oculta entre la bruma
flotaba, como flota una sirena,
Mallorca, la sin par, virgen bendita,
preciosa margarita
que engastó en su joyel mano agarena,
pobre mártir cristiana

que, á donde nace el sol de la mañana,
coronada de flores
brotó del mar, entre algas y fulgores
y en pedestal de rocas seculares,
derramando las perlas á millares,
cual la madre ideal de los amores.
¡Pobre Mallorca! El áspero sendero
no recorría ya por tus montañas
el terrible balear, el diestro hondero
enemigo mortal del extranjero;
aquel sér tan amante de su tierra
que vivía sepulto en sus entrañas
hasta escuchar los cánticos de guerra,
y, por la libertad, casi desnudo,
reñía, hasta la muerte, sin escudo.
Nadie quedaba de esa raza altiva;
sólo vestigios de la gente hispana
que, surcando el abismo de los mares
en inseguro leño,
con el ramo de oliva
la cruz del Redentor mostró al isleño,
y la adoró con él en los altares
que coronaba la elegante ojiva.
Bajo el *dólmen* sagrado
descansaba el balear, nunca domado.

Sobre el gótico templo derriúdo,
que un día elevó al cielo
sus torres de preciosa filigrana,
entre nubes de incienso perfumado,
no resonaba ya de la campana
el alegre sonido
el trémulo fulgor de la mañana,
ni detenía el fatigado vuelo
en la cruz de madera,
la pobre golondrina pasajera.
Ya del *muezín* la voz cascada y ruda,
convocaba á la turba musulmana,
y, en el silencio de la noche umbría,
la hurí, medio desnuda,
esclava del harem, ¡pobre Sultana!
alondra prisionera en jaula de oro,
maravilla del arte bizantino,
exhalaba el perfume del decoro
á los pies de un vicioso aletargado,
entonando, con ritmo acompasado
y mágica armonía,
los lúbricos cantares de la orgía.
Del oficio divino
no se oían los cánticos austeros;
entre aromas de ricos pebeteros,

risas, besos y notas estallaban;
 llenábanse de afeites los guerreros;
 mujeres sin sonrisa bostezaban,
 cubiertas de magnífico atavío,
 y flores sin perfume derramaban
 sobre su patria el llanto del rocío.
 Y en tanto, dolorida,
 por las inquietas ondas combatida,
 Mallorca parecía una gaviota
 que, con el ala rota
 por fiero cimitarra musulmana,
 sobre la mar flotaba sin sentido,
 pugnando en vano por tornar al nido
 que abandonó en la costa valenciana.

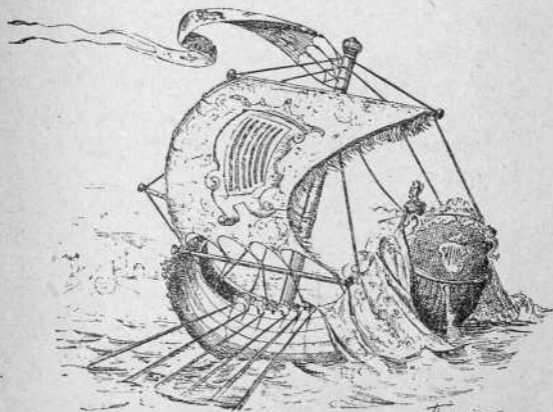
.....
 Mas ¿qué hacía en la patria de Pelayo
 la pléyade marcial que, apercebida
 á ruda lucha y desigual campaña,
 bajó, como el alud, enfurecida
 con el fragor del trueno y, como el rayo,
 al pie de la montaña
 abatió sobre el cieno
 el sangriento pendón del agareno?
 Iberia augusta, la feliz matrona,
 embriagada de gloria, dormitaba

sobre laurel marchito;
y, en tanto, la discordia, que velaba,
lanzando airada el estridente grito
que muerte, llanto y deshonor pregona,
con sangre de españoles salpicaba
su régio manto y su triunfal corona.
Pero el sueño de Iberia era agitado,
como el dormir del cráter apagado
que, en el antro profundo
donde palpita un mar de lava hirviente,
lleva escondido fuego suficiente
para abrasar un mundo.

Al acento guerrero
lanzado por el rey Jaime Primero,
despertó la matrona estremecida;
irguió la altiva frente;
vió sus hijos que en lucha fratricida
sucumbían sin gloria ni decoro;
y, con el cetro de oro,
señalando á Mallorca, que vertía
amargo llanto sobre la onda fría,
con voz que resonó de cerro en cerro
«¡á Mallorca! gritó: ¡Desperta, ferro!»

II

»Sombra do quier. El luminar del día
se hundió en la mar airado,
que al vendaval altivo desafia
y, como un monstruo herido,
parece que, al abismo encadenado,
se retuerce furioso en la agonía.
Zumba del trueno el hórrido estampido;
cruje la lona que el turbión azota;



el rayo por los ámbitos serpea
veloz como la idea,
y á intervalos se ve de inmensa flota
temblar la arboladura
entre las sombras de la noche oscura.
¿Adónde se dirigen
del mar sobre el hirviente remolino,
en que la vela y el timón no rigen?
¿Adónde van, juguetes del destino,
las naves en tropel, como agitado
de leves sombras escuadrón alado,
que fugaz el relámpago ilumina
y entre las alas del turbión camina?
A popa, en la galera
que boga hácia Mallorca la primera,
claramente pregona
que es la empresa arriscada,
la enseña de Aragón enarbolada
al lado del pendón de Barcelona;
y en pie sobre la nave
que de las nubes al abismo envía
el rudo embate de la mar bravía,
indiferente y grave
como el numen tranquilo de las olas,
á las *naos* y *brises* españolas

señala el inflexible derrotero
 el Rey conquistador Jaime Primero.
 Émulo de aquel genio soberano,
 que en su anhelo profundo
 halló pequeño el mundo,
 y otro mundo arrancó del Oceano,
 aquel adolescente,
 nacido entre el tumulto de la guerra,
 gastaba ya, al estilo de su tierra,
 sobre el pecho la cruz, genio en la mente,
 fuego en el corazón, hierro en la mano.
 En vano la experiencia del marino
 le quiere detener en su camino.
 Recuerda que es monarca y es soldado;
 que nunca hizo milagros la prudencia;
 que es la audacia gran ciencia,
 que «¡á Mallorcal» su patria le ha gritado,
 y él á Mallorca fuera
 aunque el infierno mismo se opusiera.

.....

.....

Cesó la tempestad. Al otro día,
 en tierra de Mallorca se veía
 muchedumbre guerrera
 adorando una cruz y una bandera.

III

» ¡Sierra del Portopí! Mole sombría,
á cuya cima llega fatigada,
con tardo vuelo, el águila bravía;
gigante de granito; ya en tu frente
de piedras coronada
que engarza en hebras de oro
el tímido fulgor del sol naciente,
su huella imprime muchedumbre inquieta,
y, en ronco són, el atabal del moro,
saluda al estandarte del Profeta.
¡Playa de Calirá! Nunca has sufrido
de tal grandeza pesadumbre tanta,
pues en la muelle arena
que á tu orilla arrojó la onda serena,
don Jaime de Aragón fija la planta
en medio de un ejército aguerrido;
y en vano el mar se agita embravecido
para borrar aquella
marca insegura de la ilustre huella,
pues las rugientes y soberbias olas,
por impulso secreto
de misterioso encanto,

se humillan murmurando con respeto,
ó se deshacen en cobarde llanto,
á los pies de las gentes españolas.
El *Coll del Rey* asaltan dos centurias
de ballesteros, que Moncada guía,
y en cerrado escuadrón sigue el de Ampurias
tras el recio tropel de infantería
que reunió el Paborde en Tarragona;
y luego, en torno de la Real persona,
el almogávar fiero,
que va detrás y llegará el primero.
Nadie queda en *taridas* ni bajeles;
todos saltan en tierra;
allá van caballeros y villanos,
y *cómitres, alieres y popeles,*
y áun *sacristas, obispos y arcedianos,*
pues no siempre la gente de cogulla,
predicando la paz, armó la guerra;
en momentos solemnes de la historia,
con mayor entusiasmo y menos bulla,
iba á la guerra predicando gloria.
Por tortuoso camino, al pie del cerro
silenciosa la hueste se desliza
como sierpe de hierro.
Ya en la vanguardia comenzó la liza

y no es milagro si el mejor se espanta,
 pues nadie espera resistencia tanta;
 donde se fija un pie, se abre una tumba;
 de cada peña brota un enemigo;
 el férreo dardo por el aire zumba;
 de encinas y jarales al abrigo,
 la chusma aleve en el desfiladero
 tantas piedras arroja de la loma,
 que se llega á dudar si el risco entero
 encima de la hueste se desploma.

Don Jaime llega; anima al que se abate;
 «¡Vergüenza!» grita, si un cobarde ceja;
 y, aunque alguno prudencia le aconseja,
 se mete en lo más recio del combate,
 pues cree en la otra vida, ama la gloria,
 y este adagio conserva en la memoria:

«Aun vive menos (y parece incierto)
 cobarde sano que valiente muerto.»

Al ver que un almogávar oficioso,
 pecando, por leal, de irrespetuoso,
 el corcel le refrena,

«¡Deja al punto esas riendas que has cogido!
 ¡No soy león ni leopardo!» exclama;
 y, aunque de hombre veraz tiene gran fama,
 de tal modo sacude la melena

de la ceñuda frente,
y hay en su acento tanto de un rugido,
que por primera vez duda la gente
si el rey don Jaime miente.
Por fin el grito de victoria atruena,
y la hueste corona las alturas.
Humildes sepulturas,
que para tal grandeza son menguadas,
sirven de último lecho á los Moncadas.
Alguno va á llorarles tiernamente...
y, al oír el clarín, marcha de frente,
pues la jornada es larga y, en la guerra,
no hay tiempo de llorar al que se entierra.

IV

»Al espléndido rayo de la aurora
Palma se despereza entre las flores,
bajo un dosel de nubes de colores,
y parece mirarse sonriente
del mar azul en el cristal luciente
que, avariento, la imagen atesora.
Pero ¡ay! es una rosa con espinas
la reina de las flores mallorquinas.
El foso es ancho; la muralla, fuerte;

el bélico clamor de alarma suena,
y es un bosque de picas cada almena.
Mas ya en la cumbre del vecino monte
se divisan tropeles de cruzados,
que parecen brotar del horizonte
en haces apretados.

¡Hermosa Palma! ¡Perla de los mares!...
(como dicen arábigos cantares).

Quizás de tu recinto
ha de quedar el muro en sangre tinto;
mas... no importa, sultana desdeñosa,
pues las gentes de Iberia son cristianas
y bautizan con sangre generosa
las rebeldes huríes musulmanas.

Ya la hueste desciende enardecida
é inunda la llanura

con el fragor solemne y pavoroso
del desbordado río, que murmura,
arrastrando su cárcel por trofeo;
y la gente del muro, prevenida,
al imponente alarde belicoso
responde con salvaje clamoreo.

Resuena la señal de acometida;
en silencio profundo
el ejército avanza...

Trascurre casi un siglo en un segundo.
Nube de hierro la morisma lanza
sobre el bando cristiano
que, cejando un instante, siembra el llano
de míseros despojos
y de nuevo acomete, y surcos rojos
señalan su derrota y su camino;
al foso se desploman las escalas;
por todas partes quedan hacinados
armas, banderas, cuerpos mutilados,
y sobre aquel furioso torbellino
la muerte bate las sangrientas alas
¡Terrible colisión! ¡Supremo instante!
La muchedumbre se detiene y duda...
Mas no; ya se recobra, y más sañuda
comienza la batalla.
«¡El Rey!» gritan. Sí; el Rey que va delante...
Y al foso torna la sufrida gente.
El que es herido leve, no lo siente;
por escudo, el guerrero mal herido
ofrece á los demás su cuerpo yerto;
de escala sirve el muerto,
y aquel enjambre bulle enfurecido;
y, entre nube de polvo que le ciega,
á las escalas llega

y al fin, hecho pedazos el escudo,
de la piedra ó el dardo al golpe rudo,
el Monarca guerrero, ebrio de gloria,
sobre el rebelde muro aportillado
tremola su estandarte acribillado
al mágico clamor de la victoria.

.....

.....

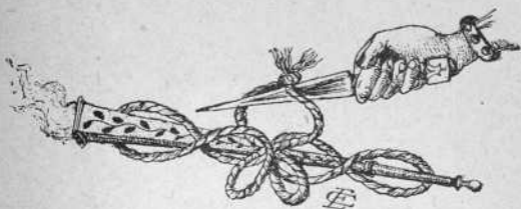
Seis siglos han pasado,
largo espacio, en que todo se derrumba,
y aún del Rey de Aragón sobre la tumba
reverdece el laurel ensangrentado.
Si un día el extranjero
blasona de sus glorias arrogante,
referidle este cuento de un gigante;
decid no más su nombre venerado.
Para cantar su gloria, al pueblo ibero
le basta con decir: ¡Jaime Primero!»

Así dijo el juglar muy conmovido;
calló un instante, y escuchó un ronquido.
¡Amarga decepción! ¡Lance irrisorio!
Roncaba á pierna suelta el auditorio
(quiero decir, el que lo había sido);

y, aunque no es cosa extraña
que al escuchar sus glorias duerma España,
ello es que el viejo se quedó mirando,
rompió el laud, y se alejó llorando.







SOBRE EL DIVORCIO

Acepto, por convicción,
el matrimonio diario
ó el divorcio voluntario
(mediante esta condición):
el vástago (hembra ó varón)
de tal consorcio nacido,
en dos pedazos, partido
con igualdad ha de ser;
uno, para la mujer,
y el otro, para el marido.







ANTE LA ESTATUA DE CALDERON

(SONETOS)

I

Gastaron una mole en la escultura
sin copiar el tamaño verdadero,

porque, esculpida sobre el mundo entero,
aún sería pequeña la figura.

Ruín es el pedestal, pues se procura
colocar, lo más grande, más rastrero,
y pasar por las glorias el rasero
y poner el coloso á nuestra altura.

Nutrida con las gotas de rocío
que vierte, la escultura, de sus ojos,
como llanto de agravios y dolores,
sube la enredadera al mármol frío;
envidiosa le oprime con enojos;
y, por fin, á sus plantas echa flores.

II

En absoluta oscuridad yacía;
por la casualidad fué revelado;
advirtieron su mérito extremado;
ponderaron lo mucho que valía.

A poco, un pedestal se le erigía;
después fué, como en triunfo, transportado;
poco después, herido y mutilado,
ni sombra de sí propio parecía.

Juzgaron su belleza grande y rara
mas, para darle perfección completa,
le hizo pedazos uno, inteligente...

Era un trozo de mármol de Carrara.
Hicieron de él la estatua del poeta.
(Dicen que el parecido es sorprendente.)

III

Representó el cincel, con líneas suaves,
al cantor de la gloria y los amores,
sublime artista que de mil primores
guardó el secreto y se llevó las llaves.

Parece que medita en cosas graves,
bajo un dosel de nubes de colores,
aspirando el aroma de las flores
y escuchando los trinos de las aves.

Así fué Calderón, según la fama;
á lo profundo dirigió su anhelo
á través de un raudal de poesía.

Era el poeta que medita y ama
y deja al alma remontar el vuelo
saturada de aromas y armonía.

IV

Don Pedro Calderón, con hábil mano,
bosquejó lo perfecto y lo monstruoso,



y proclamó, con canto majestuoso,
la excelsitud del genio castellano.

Con los grandes cortés, no cortesano,
y con el pueblo franco y cariñoso,
pintó el vicio con rasgo tembloroso
y, el decoro, con arte soberano.

No fué su musa lúbrica ramera
que, desgarrando el transparente velo,
profiere el alarido de la orgía;

fué la extática virgen hechicera
que el purísimo amor, digno del cielo,
nos ofrece radiante de alegría.

V

A través del problema complicado
su claro entendimiento vió el axioma,
y habló á la ciencia en adecuado idioma,
y, al corazón, con grito apasionado.

Prestaban á su estilo delicado:
perlas, el mar; arrullos, la paloma;
sus cambiantes, la luz; la flor, su aroma,
y, el águila caudal, su vuelo osado.

Muestran las obras del preclaro ingenio
fundidas, la verdad y la belleza;
hermosas, la virtud y la justicia;

y aún reina Calderón sobre el proscenio,
y, con la voz de la Naturaleza,
avasalla, persuade y acaricia.

VI

Cuando se agita de la mar serena,
el hondo seno, surge una oleada,
con diadema de espumas coronada,
que el cielo asalta y el abismo llena.

Rugiendo avanza, y su fragor atruena;
llega á la orilla, cae desplomada
y se deshace en llanto, avergonzada,
ante un escollo de movible arena.

Así fué Calderón; tronó su acento;
las olas de su espíritu agitado
llegaron á la margen del decoro;
y, súbito, su altivo pensamiento
cayó, de su grandeza desplomado,
llorando perlas sobre arenas de oro.

VII

Extínguese la inmensa llamarada
que exhala el cráter por la horrible herida;

palidece la lava enrojecida
y crece en derredor petrificada.

Por tan robusto esfuerzo acumulada,
y de tanta grandeza por medida,
ciclópea mole se levanta erguida,
inerte, sola, triste y enlutada.

Así hace el genio; con el mundo en guerra,
se abrasa, espira, labra un monumento
del propio sér con deleznable escoria;
y su obra colosal queda en la tierra
como exacta medida del tormento
y eterno testimonio de su gloria.

VIII

Roto, ese mármol probará mañana
que es el afán de gloria un desvarío,
pues de las Horas, por decreto impío,
todo muere y se olvida, ó se profana.

La Tierra misma, como sombra vana,
cuerpo sin vida, surcará el vacío,
errante y triste, desolado y frío
sepulcro inmenso de la turba humana.

Todo perece, y al abismo rueda;
mas del poeta, que al amor nos guía
algo no muere y en los aires flota.

Sobre las ruinas y las tumbas queda
perenne y celestial esa armonía
que huyó temblando de la lira rota.

IX

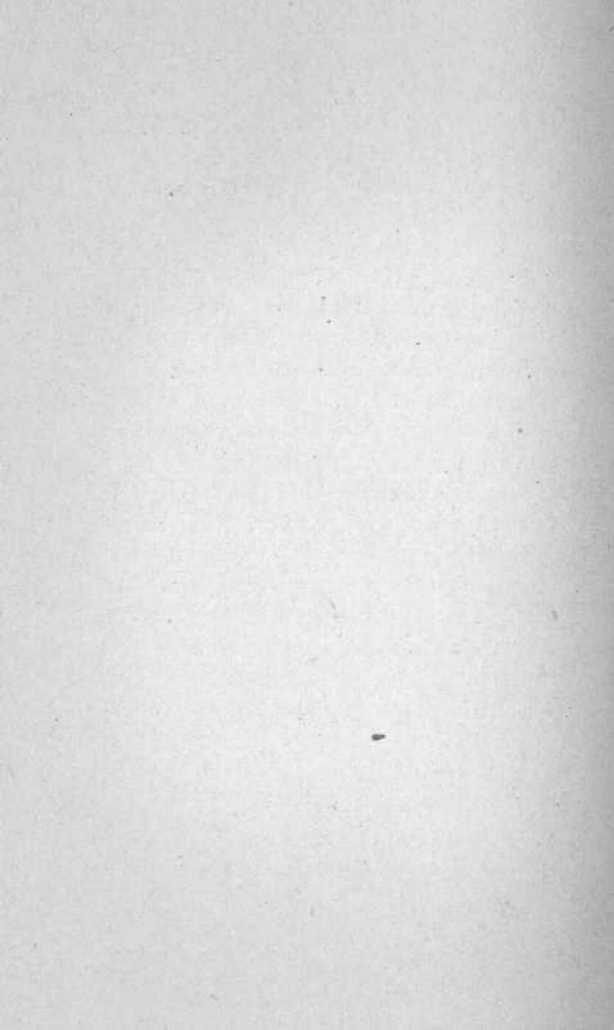
Ése, que hace dos siglos era anciano
y en sus obras alienta todavía,
perteneció á una raza que imponía
idioma y leyes al linaje humano.

Si, ciñendo el laurel siempre lozano,
á la vida tornase, encontraría
la mitad de la patria, que él tenía,
donde hablan la mitad del castellano.

Erigiendo en España esa cultura
cumplimos un deber; pero conviene
que lo más importante no se olvide.

Esa, de Calderón es la figura...
Mirad la estatua que la España tiene,
y haced la patria que la estatua pide.







LA FELICIDAD (1)

APÓLOGO

Dicen que por humildad
ó decreto soberano,
tomó forma de gusano
la diosa Felicidad.
Contemplóla en tal figura,
con profunda antipatía,
un niño, que confundía
la bondad con la hermosura,
¡y que atormentó después,

(1) Del drama *La Mariposa*.

con un placer inefable,
al gusano miserable
que se arrastraba á sus pies!
Tornó el niño á la pradera
cuando, de bellos colores,
iba pintando las flores
alegre la primavera;
y, entre pétalos de rosa,
vió salir apresurado
á ese geniecillo alado
que se llama mariposa.
«¡Qué hermosura, qué primor!»
pensó el chico con anhelo.
«¿Si será un ángel del cielo?»
«¿Será el alma de una flor?»
Y, huyendo tras del rosal,
dijo el insecto: «¡Ah, cruel!
Yo soy el gusano aquel
á quien trataste tan mal.
Belleza al cielo pedí,
como tú la necesitas,
y hoy tengo alas muy bonitas...
para burlarme de ti.»
Adornada con las galas
que la dió naturaleza,

y encarnada en la belleza
(¡pobre gusano con alas!)
desde entonces rencorosa
el hada Felicidad,
huye de la humanidad
con alas de mariposa.



SAETA

- » ¡Caballero! Una limosna... »
— » ¿Por qué se quedó usted manco? »
— » Porque un amigo sincero
me dió un apretón de manos. »







UN DRAMA MUY ORIGINAL

Dramaturgos incipientes;
aprendices de tocar
en el templo de Talía
la lira tradicional,
que se empeña en decir: ¡Pon!
cuando queréis hacer ¡Pan!
glorias del siglo que viene;
mártires del que se va;
hermanos en empresario...
(Léase Cristo. Es igual)
ratones de *saloncillo*...;
¡silbato y fraternidad!

Yo, el último escarabajo
 del que llamaron corral,
 y es hoy teatro, sin duda
 porque vale mucho más,
 voy á daros la receta
 (y eso que no es moda dar)
 para hacer una comedia
 por extremo original,
 y veréis si es fácil lo
 de la originalidad.

Á ver. Salga un aspirante.

¡Dos pasos al frente! ¡March!

—Di, niño, ¿cómo te llamas?

—Pöeta.

—¿Y de nombre?

—Juan.

—¿Apellido ilustre?

—Pérez.

—¿Has sido Ministro?

—¡Quiá!

—¿Te gusta hacer dramas?

—¡Claro!

—¡Qué monada! Oye, galán,
 Lo primero en toda obra
 es la idea capital,

No elijas asunto histórico,
 pues, de nuestro padre Adán
 hasta el día de la fecha,
 no hay rey ni señor feudal,
 ni cómico, ni danzante,
 ni clérigo, ni seglar,
 que no haya sido cantado
 (y hasta silbado quizás)
 en entremés ó comedia
 ó drama sentimental.

—Pues en la historia de España
 ¿no se podría encontrar
 algún suceso importante
 que no esté gastado?

—¿Cuál?

—Numancia.

—Llegas muy tarde.

—¿Sagunto?...

—Lo mismo da.

—¿Pelayo?...

—¡Si hay más Pelayos
 que arenas tiene la mar!

—¿Germanías?

—Ni lo sueñes.

—¿Comuneros?

—¡Quita allá!

—¿Colón?

¡María Santísima!

—¿Cervantes...?

—Déjale en paz.

—¿Virginia?...

—Asunto agotado.

—¿Felipe?...

—No digas más.

Te han de llamar rapsodista
si das en Felipear.

—¡Qué idea! La historia china
manoseada no está.

¡Buen título! *El mandarín
Fukín-Pelho-Thi-Chum-Cham,*
ó el cuñado de su suegro,
ó la esposa de cristal;
y no dirán que es rapsodia.

—Alguno sospechará
que tu drama es traducido,
y todos afirmarán
que es copia de un manuscrito
que existe en el Escorial
y tradujo un misionero,
llamado el Padre Tomás

de Talavera, en el año
mil seiscientos, y ya
ha sido representado
en un teatro alemán,
arreglado hace año y medio
por encargo de Bismarck.

—Pero eso es una mentira.

—Por eso se creerá,
y aunque algunos no lo crean,
todos lo asegurarán.

—¿De modo que el drama histórico?...

—¡Imposible!

—Bien está.

Escribiré una comedia
filosófico-social.

—¿Realista? De ningún modo.

Eso sería plagiar
á *Victoriano Sardou*,
á *Scribe*, *Musset* y *Dumas*.

Por otra parte, ¿qué asunto
puede ofrecer novedad?

—¿La soberbia?

—La hizo Scribe.

—¿La avaricia?

—Molière.

—¡Ah!

—La...

—No la nombres siquiera,
que se ruborizarán.

—¿Los celos...?

—¿Y *Otello*?

— ¡Diantre!

—¿El adulterio...?

—No tal.

Hay cien dramas y comedias
sobre asunto tan vulgar.

—¿La ambición?

—Lo mismo digo.

En vano te cansarás.

No hay pecado, ni defecto,
rareza ni cualidad,que no haya sido motivo
de algún drama; y además,
¿de qué recursos escénicos
te puedes utilizar?

Si la dama se arrodilla

y el barba saca un puñal;

si el galán llega de pronto

y da un susto á los demás;

si hay una puerta cerrada

que pugna por derribar
un señor, cuya señora
se escapa con el galán;
si suena un reloj de torre,
marcando la hora fatal;
si el uno grita: «¡Hijo mío!»
y el otro exclama: «¡Papá!»
dando el grito de costumbre
para que aplauda la *claque*;
si hay cartita interceptada,
confidente desleal,
puerta secreta, ramito
que se pierde ó que se da;
maridos que dicen: «¡¡Oh!!»,
amantes que dicen: «¡¡Ay!!»
esposas que nada dicen
cuando debieran gritar,
retratos reveladores,
sortija con solimán,
luna que brilla y se apaga
y luego vuelve á brillar;
sombra muda, *muerto visto*
y pataleta final;
en fin, si empleas recursos
que á otro le plugo emplear

con la ventaja que otorga
 la ley de prioridad,
 exclamarán: «Esto es plagio.»
 »Conozco el original.»
 «Ese recurso es de Pedro.»
 «Ese resorte es de Juan.»
 Saliendo muy bien librado,
 han de creerte capaz
 de robar la lira á Apolo,
 y aun las notas y el compás.
 ¡Te digo que es arduo lo
 de la originalidad!
 ¿Y caracteres? No vayas
 á poner sin más ni más,
 criadita bachillera,
 ni lacayuelo rufián,
 niña boba, ni discreta,
 ni alegre y sentimental,
 ni coqueta, ni juiciosa,
 ni apeles á la orfandad
 para hacerla interesante,
 y menos la hagas cegar
 de repente ó quedar muda,
 diciendo: «¡Ba, ba, ba, ba!»
 pues Tirso y Lope de Vega,

Moratín... y Barrabás
han gastado seis hospicios
de niñas de toda edad,
y sólo las de los ojos
dejaron á los demás.
Nada de madre espartana,
ni petardista de frac,
ni marido calavera
que esté á punto de escapar
con cantante ó bailarina,
huyendo de *su mitad*,
ni *paloma* hacendosita,
ni amigote gavilán,
viejecito venerable,
sietemesino mordaz,
ni vieja que haga reir,
ni chico que haga llorar
y lea en la santa Biblia
palabras de amor y paz
y charle más que un barbero
y sepa más que Briján.
Quita, quita, eso es gastado,
manoseado, vulgar...
Los tipos son el escollo
de la originalidad.

Si hay jugador, dirán: «¡Hola!»;
 si hay banquero, dirán: «¡Ya!»;
 si hay un sordo, «¡Rapsodista!»;
 si una ciega, «¡Esto es robar!»;
 si un médico «¡El mediquito!»;
 si poeta «¡Ta, ta, ta!»

—Sacaré un toro.

—Es antiguo.

—Un mono.

—Hemos visto ya,
 en comedias y zarzuelas
 que se aplauden á rabiarse,
 monos que no accionan bien,
 loros que declaman mal,
 perros que sacan muchachos
 de la nieve ó de la mar,
 sierpes de guardarropía
 que se enroscan á compás;
 algún *miho*, más de un oso
 de mucha formalidad,
 y en el Arca de Noé
 no hallarías animal
 que no haya sido motivo
 de entusiasmo singular.
 Gentes del tiempo futuro,

personajes del actual,
toros, dioses del Olimpo,
y aun vírgenes, por azar,
se han visto sobre el proscenio
del teatro nacional.

¿Qué tipos, qué personajes
en tus comedias pondrás,
si cualquiera que imagines
rapsodia parecerá?

—Pues ¿cómo se escribe algo
que parezca original?

—Oye el argumento y calla,
porque te lo robarán.

La escena, en un escenario;
tiempo, un minuto á lo más;
personajes, uno solo,
el hijo de tu papá.

El día de la función
(que no es preciso ensayar)
cuelgas de un clavo la lira
con mucho cuidado. ¿Estás?
Te diriges al teatro.

Cuando acaben de tocar
la sinfonía y levanten
el telón, tú (que saldrás

por el foro) te adelantas
con cierta solemnidad.
y en el proscenio... te pegas
un tiro, exclamando: «¡Ah!»

Este es el único modo
de hacer algo original.





EPITAFIOS

DE MI HERMANO Y MI SOBRINO

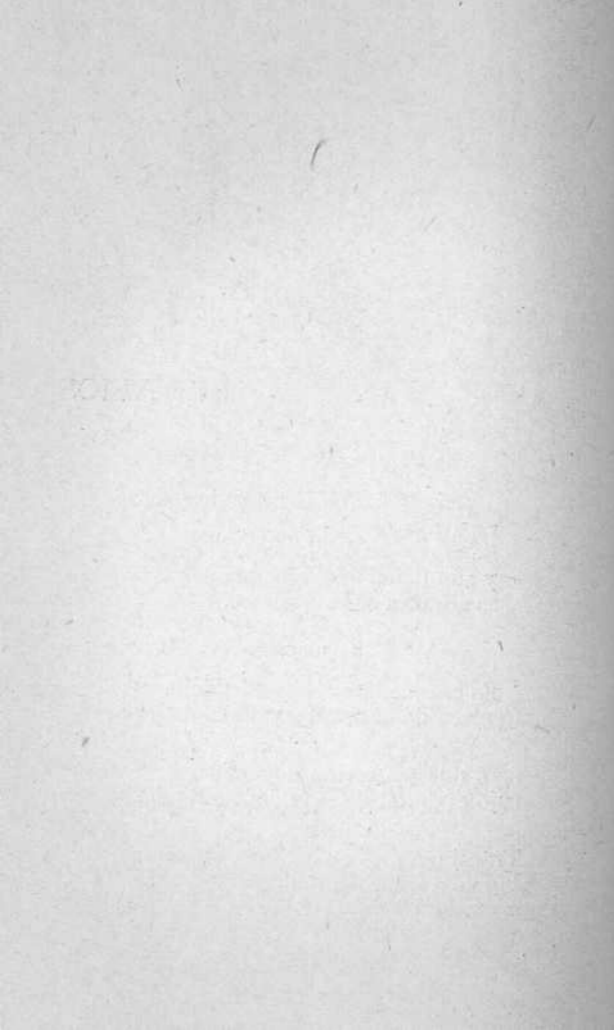
¡Hijo y padre! Un alma hermosa
repartida en dos sujetos.
Se amaron hasta la fosa,
y aún debajo de esa losa
se abrazan sus esqueletos.

DE UN NIÑO

Es esa piedra valladar de hielo,
frontera de la nada, umbral del cielo;

pero nuestro cariño no vacila
bajo el dintel de la región tranquila.

Tránsito á mejor vida fué tu muerte.
Pídele á Dios que me permita verte.





EL SEXTO SENTIDO

(CUENTO)

Cuando Dios crió la tierra
hizo estrellas, hizo soles,
y *aluego* á los españoles
y cuanto á la España encierra.
Al ver tan lindo verjel,
en el cielo se decia:

«Que el mismo Dios pretendía
venirse á vivir en él.»

puso en Jijona, el turrón;
butifarra, en Cataluña;
jamones, en la Coruña,
y el buen vino en Aragón;
dió á Castilla, la hidalguía;
á Valencia, los jardines,
y, en fin, echó serafines
y sal en Andalucía.

Todos andaban en pos
del Autor de lo creado,
diciendo: «Nos ha tocado
muy poca gracia de Dios.»

«¡Señor! (chillaba el francés):
El *can-can* es poco avío...»

«¡Señor! ¡Yo estoy arrecío!...»
(decía un *míster* inglés).

«Las ventajas son distintas
(gruñía el ruso), ¡Señor!»

(Y el negro): «¡Estoy del color
de la reina de las tintas!

—¡Basta de reclamaciones!
(dijo Dios) ¡Seréis iguales!

Los sentidos corporales

eran seis; pues serán nones.
¿Los españoles, según
decís, son los preferidos?
Pues tendrán cinco sentidos,
mas no sentido común.
Por eso en estas jornadas
peleamos como fieras,
y si acaban las trincheras
empiezan las barricadas.
Nadie lo puede evitar.
Es nuestro sino reñir.
¡Españoles, á morir!
¡Españolas, á llorar!
¡Mucha sangre; mucha prisa!
¡A luchar! ¡No haya pereza!
salgan unos sin cabeza
y los otros sin camisa;
y si de estas aventuras
queda alguno... para muestra,
diga al fin de la palestra:
«Santo Dios de las alturas:
si piensas en adelante
mandar gente á España aún,
dala *sentido común*,
que es el más interesante;

pues, según lo que voy viendo,
sin él, no es posible calma,
y... apenas nos das el alma,
ya nos la estamos rompiendo.»
Así una vez, aburrido
decía un pobre soldado,
y es que en su ros abollado
andaba el *sexto sentido*.



SAETA

Cuando halaga, te hace sangre;
si acaricia, despelleja;
cuando saluda en la calle
parece que te da audiencia.





LAS DESVENTURAS DE UN CHATO

Sobre el cadáver de un pobre chato
que en la Moncloa se suicidó,
de estos renglones cómico-serios
la policía se apoderó:

—
«Era una tarde, y en el Retiro
brillaba puro, radiante el sol,

pero, de pronto, su luz ardiente,
ante unos ojos palideció.
Eran los ojos de mi morena...
(¿Ojos he dicho? ¡Si no lo son!
Son dos poemas en quince tomos,
que en cada línea dicen ¡amor!)
... Eran los ojos de mi morena;
yo la miraba, cuando miró;
y ardió mi pecho como una fragua;
cubrió mi espalda frío sudor;
latióme el pulso como un redoble;
sentí mareos... luego ¡un calor!...
y tras la cola de su vestido,
andando á paso de procesión,
seguí sus huellas hasta su casa,
calle del Oso, número dos.
De la tragedia de mis amores
aquí concluye la exposición.

Calzado justo, vestido nuevo,
sombbrero blanco, guante *marrón*,
más perfumado que un ramillete,
más estirado que un asador,

al otro día me paseaba
de centinela de su balcón.
Ella se asoma, mira y sonríe,
yo miro al cielo... y, así los dos,
nos prometemos hacer lo mismo
todos los días, de sol   sol.

Y hora tras hora paso en la acera,
dando las vueltas de San Antón.

.....

Pero  qu  ocurre, que de repente
se oye   lo lejos un ruido atroz?
Que una señora viene en un coche
cuyo caballo se desboc .

Rápido corre como una tromba,
mas, no hay cuidado, que all  estoy yo.

Ella me mira...  Salto al arroyo!
Después...  qu n sabe lo que pasó?

Cojo al caballo; ruedo en el barro;
gritan las viejas: « Ay, le mat !»

Caigo de bruces; con mis costillas
choca el volumen abrumador

de la señora que iba en el coche;
(total, arrobas... cuarenta y dos.)

Cayó en mullido... nada se ha roto,
yo la he salvado... perdido estoy.

¡Era mi suegra! ¡Lance más chusco!
 Llega y me abraza con efusión;
 me da las gracias; la ofrezco el brazo;
 subo á su casa, y así acabó
 el segundo acto de la tragedia
 que mi revólver termina hoy.

—

Pasan los meses; hablo de boda
 y de esperanzas y posición;
 la niña aprueba; todos consienten,
tutti contenti: ¡viva el amor!
 ¡Adiós, locuras; adiós, amigos;
 bailes y *juergas*, por siempre adiós;
 voy á casarme; adiós, mil veces,
 torpes placeres del solterón!

.....

Llega la noche de nuestra boda;
 me pongo guapo; miro al reloj
 con impaciencia; suenan las once,
 y me despido de mi patrón,
 bajando al punto con ligereza
 los escalones de dos en dos.
 La noche es negra; llueve á torrentes;

como es frecuente, no hallo un *simón*;
y por la acera de la derecha,
como un cohete, parto veloz.
Llego á una esquina; veo una sombra;
quiero pararme; ya es tarde... ¡horror!
Un ciudadano rueda en el lodo,
pues le he volcado de un empujón.
Me llama torpe; le llamo bruto;
me pega un palo; le arrimo dos;
saca un estoque; quiere pincharme;
le salto un ojo; grita: ¡Favor!...
Viene un agente de policía;
llega un sereno con un farol;
después, diez chicos, cuarenta viejas,
dos voluntarios, un inspector;
todos me gritan y manosean,
y entre silbidos voy al *cajón*.
Pido que avisen á mi familia;
quiero escribirlos; dicen que no;
mi carcelero se encoge de hombros,
sordo á mi ruego conmovedor;
al fin me encierra, por no escucharme;
corre el cerrojo; me dice: «¡Adiós!»
Y yo al principio chillo y pateo,
y al ver lo inútil de mi furor,

sobre una silla desvencijada
me duermo al cabo como un lirón.

Mi novia, en tanto, se da al espejo,
con una brocha, polvos de arroz ;
dice impaciente «que si ha llegado,»
y la responden mil voces: «no.»
Manda á buscarme. ¡Sí, sí, ya baja!
«Que no está en casa.» «Que ya salió.»
«Pues no ha llegado.» «Pues ha salido.»
«¿Dónde está el novio?» dice una voz.
«¿Qué habrá pasado?» preguntan todos.
Mas nadie dice lo que ocurrió.
Y cuchichean las solteronas
y hay cada guiño, que es un primor.
«¿Se habrá dormido?» dice un gracioso.
Llora la novia con aflicción.
Unos se ríen á carcajadas;
otros blasfeman de un modo atroz;
callan las niñas; gruñen las viejas;
la pobre novia se desmayó.
«¡Desabrocharla!» dice un pariente;
y las señoras gritan: «¡Que no!»

Un mozalbete barbilampiño
jura matarme, sobre su honor.
Nadie se entiende; todos vocean;
se viene abajo la habitación.
Y el novio, en tanto, duerme en los brazos
de una butaca de munición.

Al poco rato, cuando roncaba
con tan cristiana resignación,
siento entre sueños voces de «¡Fuego!
¡A la parroquia! ¡Agua! ¡Favor!»
y un olorcillo á chamusquina...
...¡Qué pesadilla! (pensaba yo).
Oigo carreras, suenan portazos...
¡La cosa es seria... No sueño, no!
Y al despertarme sobresaltado,
juzgo espantosa mi situación.
Penetra el humo por las rendijas,
y no me deja gritar la tos.
Crujen las tablas siniestramente;
el ruido aumenta; crece el calor;
llamo á porrazos; abren la puerta;
salgo furioso como un león;

medio asfixiado, medio tostado,
 cruzo en dos brincos el corredor;
 y cuando quieren apercibirse,
 los polizontes de mi evasión
 y oigo que gritan desesperados:
 «¡Cogerle! ¡A ese; que se escapó!»
 doblo la esquina; detengo un coche:
 «¡Al Norte! ¡Corre! ¡A la estación!»—
 digo al cochero; le tiro un duro;
 arrea el jaco; parte veloz.

—

Al otro día, con calentura,
 saltaba á Francia desde el vagón.
 ¡Suerte funesta! Llega un gendarme
 de siete pisos y torreón,
 y en una jerga medio gruñida,
 «*Monsieur*—me dice:—*le passeport?*
 «¿El pasaporte?... Yo no le tengo.
 Me llamo Pérez... Soy español.»
 Él se incomoda... Yo no le entiendo.
 Quiero marcharme... Dice que *Non*.
 Yo le suplico; yo le amenazo;
 le hablo en gallego; le hablo en caló;

le ofrezco puros; le doy abrazos;
 pero él me agarra del paletot,
 tira que tira, gruñe que gruñe,
 sin entenderme, sin compasión.
 Vamos á casa de un señor flaco,
 medio soldado, medio inspector,



que habla en franchute con el gendarme,
 y me examina con atención.
 Busca en un libro no sé qué notas:
C'est lui!—le dice. ¿Quién seré yo?
 —Un emigrado, según parece.
 Mi aire aburrido les alarmó,
 y me han tomado por sospechoso,
 y me deportan al interior
 en un tren mixto que descarrila,

y dando tumbos, al río voy.



¡Húmedo lecho inesperado
que la fortuna me deparó!
Como un guijarro, me voy al fondo,
y eso que nado más que un salmón;

trago más agua que una ballena...
 ...ya no respiro... ¡todo acabó!

.....
 Al poco rato vuelvo en mi acuerdo
 y el aire libre á mi pulmón;
 y es que prolonga mis desventuras
 un endiablado de nadador,
 que me da coces en las espaldas
 y va á dejarme sin un mechón.
 Llega á la orilla; me coge en brazos
 mi generoso libertador;
 su pié se escurre, vacila, cae...
 y de narices al suelo voy,
 y para siempre me quedo chato
 sobre un ingrato canto pelón.
 ¡Salvé la vida, mas la hermosura
 de mi semblante por siempre huyó!
 El deterioro de mis narices
 hizo precisa la amputación,
 y el cirujano, que no era artista
 ni obtuvo premio como escultor,
 mis malogradas narices griegas
 cambió por otras de munición.
 ¡Remiendo horrible, digno remedo
 de las caretas que vende Schkrop!



A los dos meses volvía á España
 con mi grotesca cara de clown.
 Nada á mi novia conté del lance,
 pues confiaba tanto en su amor,
 que juzgué inútil decirla: «Advierte
 que mis narices son de cartón,
 y del pellejo de un ciudadano
 que por mil francos me le cedió.
 ¿Me querrá menos porque voy feo?
 ¿Porque soy chato?...—decía yo.
 ¡Es imposible!... Tengo mil pruebas
 de la firmeza de su pasión.
 ¡Ella me adora!... Y aunque esté romo...
 ¿Qué es la belleza? ¡Mísera flor,
 cuyo perfume dura un instante,
 que hoy agoniza y ayer nació!»

Así pensaba filosofando
 cuando tiraba del llamador.
 ¡Oh desengaño! Mi novia, al verme,

lanza un chillido como un lechón:
 «¡Jesús, qué feo! ¡Jesús, qué raro!
 ¿Jesús, qué asco! ¡Jesús, qué atroz!
 Pero ¿qué has hecho con esa cara?»

—¡Oye un momento!

—¡Quita, por Dios!

En vano intento ponerme hermoso,
 haciendo un gesto desgarrador,
 pues mi semblante desfigurado
 es más horrible con la emoción.

Llega mi suegra, y exclama al verme:

—¡Buen par de *ñaclas* te traes hoy!

Yo me incomodo, prorrumpo en gritos,

finge mi novia la convulsión;

acude gente; suelta la risa;

pero mi calma no es la de Job:

les llamo cursis, me llaman feo;

y, en el acceso de mi furor,

rompo una silla, sacudo al perro

que está durmiendo sobre un sillón,

y en un instante se arma más ruido

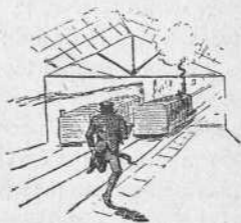
que en la batalla de Waterlloo.

Grita la vieja: «¡Al asesino!

¡Muérdele, *Saffo*! ¡Rájale en dos!»

Todos avanzan... Gano la puerta,

y medio ciego de indignación,
tropiezo y ruedo por la escalera
con la portera y el aguador,
y caigo encima de una doncella,
que pide á gritos el comadrón;
salgo á la calle; mi ilustre suegra
me tira un tiesto del mirador;
y nuevamente desnarigado
y hecho pedazos el corazón,
llego á mi casa; cargo el revólver;
escribo un rato; miro al reloj...
¡Y el fin terrible de un pobre chato
la gacetilla contará hoy! »



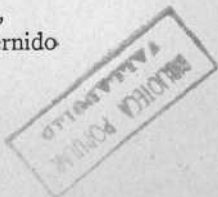


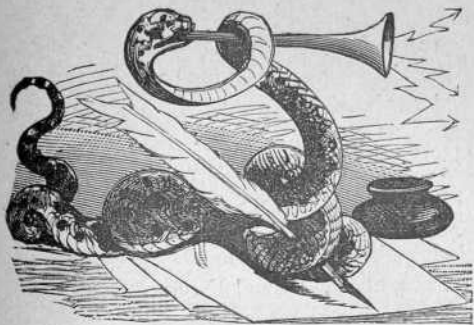
CARIDAD

Vió en el cielo un alma buena
cierta losa fría y dura,
donde arraigaba una pura
y hermosísima azucena;
y la Suprema Bondad
le dijo: «¿Ves ese encanto?
Lo hizo una gota de llanto
que vertió la Caridad.»

—

Practicad esta virtud;
llorad con el desvalido,
que en lo más empedernido
florece la gratitud.





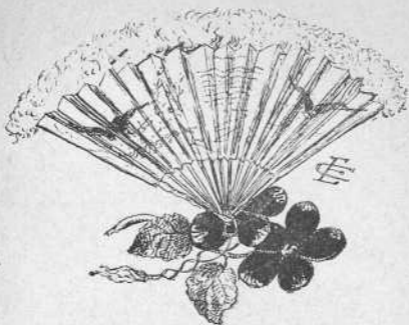
LA CALUMNIA

CUENTO

Por hacer injusta guerra
á una paloma inocente,
desplomóse una serpiente
de las cumbres de la sierra.
Dió una vuelta, y luego mil,
y, por la ladera, en breve
rodó una bola de nieve
cuyo núcleo era el reptil.
Tanto el alud aumentaba,
con tal estruendo caía,

que en el valle se creía
que el monte se desplomaba.
Al ver la masa glacial
decía el vulgo admirado:
«¿Qué gigante habrá lanzado
proyectil tan colosal?
¿Qué sér todopoderoso
le impulsó con tanto brío?»
...Pero, al fin, llegó el Estío;
fueron á ver al coloso
que, espantando al más sereno,
descendió por la vertiente,
y hallaron... á la serpiente
revolcándose en el cieno.
No me importa ni me extraña
que, haciendo lo ínfimo enorme,
la opinión pública forme
el alud de la patraña.
Á impulsos del sér más vil
la indiferencia se mueve,
pero se funde la nieve...
y sólo queda el reptil.





EN UN ABANICO

—Yo te quiero dedicar
en dos letras un primor.
—¡Tú!... Aquí tienes lo mejor
que se puede imaginar.



A SERRA



OR su genio entremetido,
y quizás por indecisa,
se encontró presa la risa
en el cuerpo de un tullido.
Si éste lanzaba un quejido,
la risa armaba un estruendo,
y el pobre se fué muriendo
y aún estábamos dudando
si se burlaba llorando
ó sollozaba riendo.

El tullido era poeta,
y un poeta es el sujeto
á quien le sobra un soneto
y le falta una peseta;
mas, si en vida estuvo á dieta,
hoy se pudre hartado de honor,
pues su entierro, con dolor,
presenciaba un pueblo entero
(y eso que no era torero,
ni siquiera picador.)

Tan grande filantropía
tuvo sér tan desvalido,
que dió, mientras ha vivido,
cien veces lo que tenía.
(No es exageración mía.)
Cuando lloraba, quizás
dió alegría, es decir, más
que en proporción de uno á ciento,
y en su vida de un momento
hizo eterno á un *Don Tomás*.

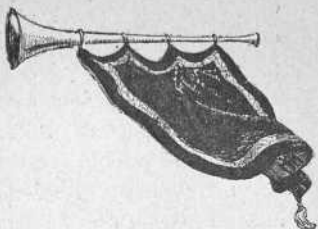
Si vais en triste cortejo
 ó en alegre caravana
por la puente segoviana
entrada del Madrid viejo,
 al autor de más gracejo
 que ha existido en esta tierra
 no hallaréis; sólo se encierra
 lo que de él menos valía,
 detrás de una losa fría
 que dice: NARCISO SERRA.



SAETA

Entre cuatro hachas de viento
 te llevaban una noche,
 y dije: «Ése ha fallecido;
 tuvo talento. ¡Pobre hombre!»





LA OPINIÓN PÚBLICA

(PRIMER CUENTO)

Unánime la Opinión,
por gran remedio acudía,
en los tiempos de sequía,
á un glorioso San Antón
que, en la iglesia de un lugar,
diría probablemente:
«¡Cómo me quiere la gente!
No hay santo más popular!»
Sostenía á gran altura
la fama imperecedera
de la imagen de madera,
el barómetro del cura,

que, al notar mucha presión,
exclamaba: «¡Es una alhaja!
¡Toca á vuelo, que *ya baja!*
Esta tarde, procesión.»

Hacía bien; pues tan bruta
la gente del pueblo era,
que mandaba que lloviera
al santo, como á un recluta;
y no lo exigía en balde,
pues, si no rompe la soga,
de fijo un día se ahoga
el borrico del alcalde.

Mas, descompuesto á la cuenta
el barómetro del cura,
de manera tan segura
anunciaba la tormenta,
que salió el Santo tres veces...
sin que lloviera una gota;
y la gente se alborota;
truécense en gritos las preces
y arranca más de una astilla
al Santo la concurrencia,
con más de una irreverencia
en forma de peladilla.

Viendo, el cura, aquel enjambre,

poseído del demonio,
 mandó hacer al San Antonio
 una cubierta de alambre;
 y un día que, consternado
 por la seca, con fé viva
 pidió el pueblo rogativa,
 como, en la Opinión fiado,
 el buen párroco accediera,
 diz que gritó el San Antón:
 «¡Fíate de la Opinión...
 pero ponme la alambreira!»
 Eso digo á usted (y advierta
 que sé que el pueblo le ama):
 «Fíese usted de la fama...
 pero atranque usted la puerta.»



SAETA

A la reja de la cárcel
 no me vengas á llorar,
 que hoy van á darme el indulto...
 mañana una credencial.

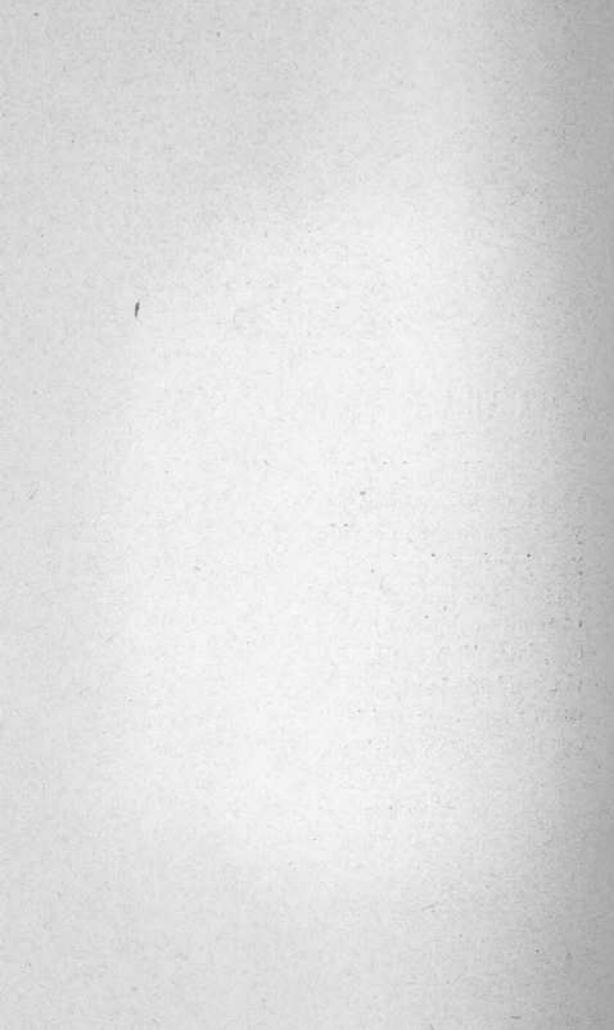




¿LA VIDA ES SUEÑO?

En tropel precipitado
pasa todo lo ocurrido,
y se esconde en el olvido,
y parece imaginado.
Lo presente huye al pasado
con tanta celeridad,
que, intangible realidad,
el espacio de la vida
es un punto de partida
que flota en la eternidad.







EN UN ALBUM

Lo mismo que tu sombra,
la dicha vaga;
si la persigues, huye;
si huyes, avanza;
si caes, llega;
y nunca te abandona
cuando te entierran.

—

EN OTRO

Escucha mi atrevido pensamiento:
...Me llama mi mujer. Vuelvo al momento.



UN MUERTO QUE HACE REIR ⁽¹⁾



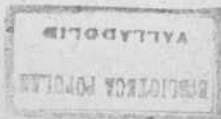
I en el proscenio á Bretón
y á sus plantas arrojé
laureles, que antes regué
con lágrimas de emoción.

Hoy yace... en mi corazón,
y se me ocurre advertir,
pues riendo os ví aplaudir
su donaire singular,
que, vivo, os hizo llorar
quien, muerto, os hace reir.

(1) Leida en el teatro de Apolo.

¡Bretón! Atrevido ingenio,
con el error siempre en lidia,
sobre el fango de la envidia
batió las alas del genio;
se cernió sobre el proscenio
con vuelo de águila real,
y cayó de altura tal
con tanto estruendo en la tumba,
que, á poco más, se derrumba
el Teatro Nacional.

Tanta gloria ha conquistado
en vida el gran escritor,
que obtuvo el supremo honor:
el ultraje apasionado.
Desdeñoso ó resignado,
no miró abajo ni atrás,
pues no quiso ver quizás
á esos que ninguno nombra,
y andan tristes en la sombra
que proyectan los demás.



¡Oh público, amigo fiel
del poeta esclarecido!
Tú que á su frente has ceñido
la corona de laurel,
mira (hoy que piensas en él)
que aún no ha logrado Bretón
estatua ni panteón
que nos recuerde su gloria,
no para honrar su memoria...:
para honrar á la nación.



SAETA

Vates: si alcanzáis laureles,
os tratarán como á parias;
pues son fieras muy crueles
las vírgenes literarias.





A MARGARITA

De mi hermano, que tanto te quería,
alegremente la memoria invoco;
y es que tengo muy triste la alegría,
y me causa placer llorar un poco.

¿Te acuerdas?... Sí; te acuerdas, de seguro,
de aquel semblante plácido y sereno,
de aquel mirar tan penetrante y puro;
de aquella cara hermosa de hombre bueno.

Sólo en el alma su recuerdo queda,
como una antorcha en ámbito sombrío.
¡Todo se desvanece! ¡Todo rueda
al abismo insondable del vacío!

La flor hermosa, exhala su perfume
y dobla moribunda la corola;
el tiempo pasa; el fuego se consume;
el sepulcro del mar traga la ola.

El águila, que mira al sol de frente,
herida por la muerte, se despeña.
¡Todo en polvo se torna lentamente;
de esta tierra tan grande y tan pequeña!

No mires al pasado, que eso abate;
une á tus hijos con abrazo fuerte,
y forma la columna de combate
cerrando filas que aclaró la muerte.

—

No pretendas hallar el bien perdido
á través de tus lágrimas de duelo.
Si buscas á mi hermano y tu marido,
no mires al pasado: mira al cielo.



SAETA

Huyendo va la Amistad
ante la Tribulación;
que el amigo y el alción
huyen de la tempestad.



LA OPINIÓN PÚBLICA

(SEGUNDO CUENTO)



la calle salió Juan
buscando una ropería,
porque cierta pulmonía
le gritó: «¡Tumba ó gabán!»
«Fácilmente me compongo...
(decía al ir á la tienda)
...en cuanto vea la prenda,
pido, pruebo, pago y pongo.»
Pero brotó en lo profundo
de su cráneo, casi huero,
una idea, y dijo: «Quiero
consultar con todo el mundo.»
Halla á su amigo Ramón
que, razonando el consejo,

dice: «Chico, en tu pellejo,
yo me compraba un bastón.»
A pocos pasos de allí
oyó: «¡Compre usted un botijo!»
Luego, otro amigo, le dijo:
«¡Cómprame botas á mí!»
Quién, le propuso un tintero;
quién, le aconsejó un armario;
uno dijo: «Un diccionario,»
otro: «Un perro ratonero...»
La opinión pública, en fin,
tanto influyó sobre Juan,
que, en vez de comprar gabán.
volvió... ¡con un violín!
Y, exclamaba, muy tristón,
tiritando en el invierno:
«¿La opinión pública? ¡Cuerno
con la pública opinión!»





LO QUE CANTÉ A MI PATRONA

Dejando en mi Compañía
el hueco de una persona,
fui del campo de Belona
á la casa de Talía.
Por boleta, mi osadía,
y mi antojo por furriel,

vi un zaguán y, entrando en él,
reclamé lo de costumbre:
agua y sal, y algo de lumbre,
y una hojita de laurel.

Mientras hervía mi guiso
en la prestada cazuela,
dí un abrazo á la vihuela,
templé, y dije: «Con permiso.»
Oír mi patrona quiso
cante jondo y de verdad,
y entoné á su voluntad
mi repertorio mejor,
que es: una *marcha* al error
y un himno á la libertad.

Mis cantares de soldado
censuró, bajo una artesa,
un dogo, de esos de presa,
que aullaba desafortado.
—«¡Grancrítico me ha ladrado!»
(por la cara que tenía,
exclamé); y la Poesía

contestó:—«No es por tus yerros.»
 —«¿Pues por qué ladra?»—«A los perros
 los molesta la armonía.»

—

«Ese can de una beata
 »es un lamedor de hisopo
 »que vino *perdiendo el jopo*
 »el día de Peñaplata.
 »Para él no hay música grata
 »si no entona un sacristán;
 »silbando se llama al can
 »y, á silbidos, está sordo;
 »y con lo ajeno anda gordo
 »y muerde al que le echa pan.»

—

... Dijo, poniendo un bozal
 al perrazo intransigente,
 que, mirado atentamente,
 era un *soberbio animal*.
 Y templando bien... ó mal
 (porque la vihuela engaña)
 pensé en la gloria de España,
 y dediqué estos cantares

á los pobres militares
que mueren en la campaña:

—

« Cuando la traición se agita
» y con mártires se aquieta,
» vosotros dais al poeta
» los héroes que necesita.
» ¡Victoria! el progreso grita;
» el íris de paz asoma;
» y la flor crece en la loma
» con vuestra sangre regada,
» y, en el casco de granada,
» hace el nido la paloma.

—

» Hermanos queridos son,
» unidos con lazo fuerte,
» la poesía y la muerte,
» la guerra y la ilustración.
» Cuando el ruido del cañón
» espanta á la iniquidad
» con fragor de tempestad,

»sobre el campo de batalla
 »abre un hueco la metralla
 »y pasa la Libertad.

—

»¡Amigos, que sobre nieve
 »por el monte habéis cazado
 »unas fieras que han llegado
 »hasta el siglo diecinueve!
 »Para ese tropel aleve
 »no basta el valor del Cid,
 »pues, vencidos en la lid,
 »acometen por do quiera
 »y, muertos en la trinchera,
 »resucitan en Madrid.»



SAETA

He cumplido cuarenta años;
 hace veinte que me aburro
 y diez que estoy estorbando.



EL MUERTO DE UN OJO

CUENTO



Por huir de unos golillas
cierto sastre, que era cojo,
se murió sólo de un ojo...
Vamos... de mentirijillas.
Como el sastre era afamado,
pocos sastres lo sintieron,
pero al entierro acudieron
con el vestido enlutado;
y hubo más de un envidioso
que, echándola de afligido,
le llamó *amigo querido*
y *buen padre y buen esposo*.
El carpintero, en seguida,
calculando de memoria,

hizo la caja mortuoria
para la *pata* encogida.
Pero á nadie le dió gana
de advertir, aunque lo viera,
que el muerto llevaba fuera
una pierna... Era la sana.
El cortejo, dolorido,
que tenía mucha prisa...
(Esto fué cosa de risa.)
...viendo que el muerto fingido
dió un respingo en la mortaja
al oler una taberna,
¡hasta le rompió la pierna
que no cabía en la caja!
Y en vano el cojo se esfuerza
en arengar al concurso,
pues, á pesar del discurso,
le enterraron á la fuerza.
Muchos que ofrecen la palma
de la gloria al que está yerto,
si resucitase el muerto...
le romperían el alma.





¿QUIÉN ES ÉSE? ⁽¹⁾

¿Santa Cruz de Marcenado?...

¿Quién era?... ¿Qué pudo hacer?...

¿Por qué le han desenterrado?...

.....

(1) En el centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

—¿No os acordáis? Fué un soldado
 que cumplió con su deber;
 y, al morir por la locura
 de la gloria, consiguió...
 un hoyo en la tierra dura,
 á los pies de la escultura
 del que no lo agradeció.

La Historia con dos renglones
 se libra del importuno
 que escribió sus *Reflexiones*
 en modestas ediciones....
 que suele hojear alguno.

Era un sabio militar
 que, á las horas de escribir
 y el día de batallar,
 dió lecciones de triunfar
 y el ejemplo de morir;

pues la página postrera,
 tan breve como gloriosa
 de su obra imperecedera,
 fué estampada en su bandera
 con su sangre generosa.

.....
 Ése, si no me equivoco,
 era el tal... de Marcenado;

un valiente; vivió poco:
un genio; pasó por loco:
sirvió á España... y fué olvidado.



SAETA

Entre mil hombres honrados,
elige el mejor amigo;
y, si echas algo de menos...
regístrale los bolsillos.







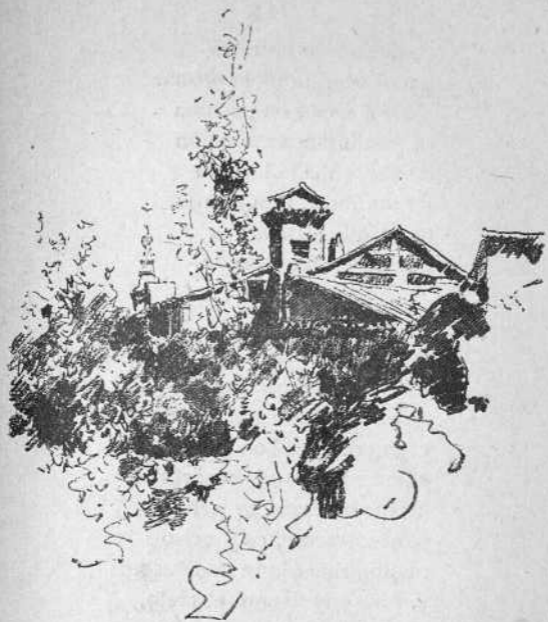
LA FRONTERA

APÓLOGO

Allá en mi país natal,
que de Francia está vecino,
hay en medio de un camino
una piedra y un rosal.
La piedra está en la frontera,
el rosal en torno crece,
y cada flor que aparece,
de su hermana es extranjera.
Mas, cuando mueren las dos
enemigas del rosal,
en una sola espiral
vuela su perfume á Dios,

que, á las almas y las flores,
en ese espacio azulado
una sola patria ha dado,
sin fronteras ni rencores.
Yo, mirando tristemente
esa línea fronteriza,
que tortuosa se desliza
con aspecto de serpiente,
y recordando los lazos
que el hombre rompe iracundo,
pensé: «¡El amor creó el mundo!
...¡El odio le hizo pedazos!
¡Cuán absurda y caprichosa
es la pretensión humana!
¿Dejará de ser hermana
una rosa de otra rosa?»
Y en la piedra, entre las dos
pobres flores, dejé escrito:
«La frontera es un delito
contra las leyes de Dios.»





Á VALENCIA ⁽¹⁾

Valencia, augusta matrona;
no profané tus verjeles,

(1) En el estreno de *La Pasionaria*.

codicioso de laureles
para hacerme una corona.
Vine á saciar en persona
la presuntuosa ambición
de ver, en la colección
de tus flores, rica y varia,
una triste *Pasionaria*
nacida en mi corazón.

Precioso nido de amores,
asilo de hermosos seres
que aquí pasan por mujeres
y yo creo que son flores;
como mis justos censores
no me quieren dar permiso
para salvarme, es preciso
procurarme algún consuelo,
y, pues me niegan el cielo,
me instalo en el paraíso.

No sé quién dijo de mí
(y fué pasarse de listo),
que copiando á Jesucristo



al Cristianismo ofendí.
Si algún *justo* opina así,
está bien que me lo advierta;
mas tened por cosa cierta
que, si esa gente de bien
lograr entrar en el Edén,
yo no me quedo á la puerta.

Liern, autor que es todo sal,
y se hizo arropía ayer,
dijo que, á su parecer,
es buen sujeto Marcial.
Ni mi drama es inmoral,
ni ofende á la religión,
ni es perversa mi intención
(como alguno pretendía),
pues, si odio la hipocresía,
respeto la devoción.

Con mano crispada y ruda
á fuego toqué la lira,
y al fuerte de la mentira
lancé la verdad desnuda;

y, pues tu aplauso me ayuda
en bien de la humanidad,
he de decir la verdad
que mi corazón encierra,
sin miedo, si quieren guerra:
si aplauden, sin vanidad.

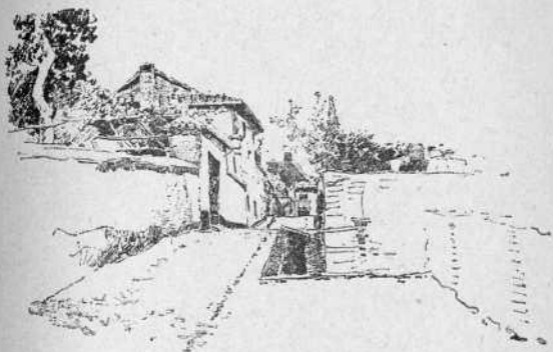
—

Valencia, es tal mi placer
desde que te he conocido,
que me pesa haber venido...
porque no puedo volver.
Poco miedo he de tener
de un laico á la excomuni3n,
pues sé que hay una regi3n
donde hall3 Leopoldo Cano
en cada amigo, un hermano,
y un cielo... en cada balc3n.

—

Soy reo de una insolencia,
pues traje mi *Pasionaria*,
y es necesidad temeraria
traer flores á Valencia.
Discúlpeme tu indulgencia

en gracia de la intención,
y, á cambio de tu perdón,
y á tus plantas, por ofrenda,
dejaré la única hacienda
que tengo: ¡mi corazón!



A MAIQUEZ (1)



MAIQUEZ en el panteón,
cayó, de luchar rendido,
y hoy su nombre esclarecido
sirve al Arte, de blasón.
¡Desdichada condición
la del que corre y se afana
por asir la sombra vana
de la gloria en este mundo
y escucha un grito iracundo
que dice siempre: ¡Mañana!

(1) Leída en la inauguración del teatro Maiquez, de Cartagena.

Tú, que premias el ingenio,
 Justicia, espera un instante,
 que otros deben ir delante
 para honrar al patrio genio.
 ¡Odio! Llena este proscenio
 de flores y de laurel.
 ¡Llega tú, envidia crüel!
 Cayó el gigante... ¿A qué esperas?
 Ya podéis, plantas *rastreras*,
 arrojar flores sobre él.

—

Son las ruinas libro abierto
 donde se aprende la historia
 para vilipendio ó gloria
 de los pueblos que ya han muerto.
 Pétrea mole, en el desierto,
 dice: «¡Necia vanidad!»
 la ergástula: «¡Crueldad!»
 «¡Vergüenza!» el Anfiteatro;
 mas las ruinas de un teatro
 gritan: «¡Gloria y Libertad!»

—

Todo cede y se derrumba;
 todo está herido de muerte.
 Vida tuvo el polvo inerte,
 y es el mundo inmensa tumba.
 Pero, mientras no sucumba
 este templo de la escena,
 gritará sobre la arena
 un recinto aportillado:
 «¡Aquí fué un pueblo ilustrado
 que llamaban Cartagenal!»



SAETA

Voy solo por este mundo
 hácia donde no va nadie,
 y algunas veces me estorba
 el compañero de viaje.



CUENTO



ONGREGADOS en el seno
de un oscuro nubarrón,
la lluvia, el rayo y el trueno
discutían con pasión
si era el mundo malo ó bueno;
y lo más extraordinario,
puesto que se discutía
al uso parlamentario,
es... que ninguno podía
convencer á su contrario.
Mano á mano y pelo á pelo
armaban tal algazara,
que alguno dijo en el suelo:
¡Gran tormenta se prepara!
¡Qué noche! ¡Válgame el cielo!

.....

Gritó el rayo, ya quemado:
«¡Una idea luminosa!
Vaya, el que salga nombrado,
ante todo, á ver la cosa.»
Y el trueno gruñó: ¡Aprrrro... bado!
Salió en suerte el nubarrón
(lo que prueba que no brota
la luz de la discusión);
miró abajo, no vió gota,
y dijo: «El mundo es carbón.»
Llega el turno al rayo luego,
y al punto gritando sube:
«Por poco me dejan ciego.
No salgo más de la nube.
En el mundo todo es fuego.»
Por ver si había mentido,
iba el trueno hablando gordo,
y volvió despavorido,
exclamando: «¡Vengo sordo!
En el mundo todo es ruido.»
La lluvia, que jarro á jarro,
de la nube se desliza,
grita: «¡Achits! Pesqué un catarro.
Por aquí llueve y graniza.
En el mundo todo es barro.»

Y, así, todo el que salía,
de la tierra, murmuraba,
y ninguno comprendía
que lo malo que encerraba
al mundo lo atribuía.
Si se forma causa á aquel
filósofo de docena
que no encuentra amigo fiel,
mujer santa ni obra buena...
de seguro, el pillo es él.



SAETA

Los chiquillos de mi tierra
blasfeman con mucha gracia,
besan la mano á los curas
y apedrean las estatuas.





DEDICATORIA

DE LA MUERTE DE LUCRECIA

Á LA EXCMA. CORPORACIÓN MUNICIPAL
DE VALLADOLID

Este es un ramo de silvestres flores
que hallé, de niño, en tierra castellana,

teñidas del color de la vergüenza
al pie del rolo y cerca de una estatua.

—

Con sangre de los mártires nutridas
crecieron tristes, derramando lágrimas;
entre ellas va mi honrado pensamiento:
protéjale el escudo de mi patria.



SAETA

¿Quién era el muerto que arrastran
cuatro potros alazanes?
Uno que logró su empeño
de irse al infierno en carruaje.





Á una actriz.

Cuando en carroza triunfal
te lleva el Arte español,
dice la gente juncal:
«Allá va el carro del sol
con cargamento de sal.»



EL LAZO ROTO

APÓLOGO



SE irguió un sauce de tal modo,
que se rindió por flaqueza;
no pudo con su grandeza;
osó al cielo, y dió en el lodo;
y sintió que le estrechaba,
entre amante y opresora,
una planta trepadora
que anhelante se arrastraba
y, temblando de emoción,
le ofreció, en señal de amores,
la más triste de las flores,
una rosa de pasión.

¡Era el fruto de un delirio,
y un suplicio presagiaba,
pues en el cáliz llevaba
atributos del martirio!
Cuando el sauce, con recelo,
pretendió romper el lazo
que fundía en un abrazo
al orgullo y al anhelo,
ostentar quiso el aleve
una flor, como memoria
de aquella fácil victoria,
de dicha que hizo tan breve
su condición altanera,
y, con fuerza extraordinaria,
arrancó la pasionaria
y arrojó la enredadera.
Mas, con mortales congojas,
al romperse la coyunda,
la pobre flor moribunda
comenzó á llorar sus hojas;
y sólo, como trofeo
del implacable arrebató,
pendiente del sauce ingrato,
como el estigma del reo,
quedó el fruto de la unión

de la altivez y el delirio
el emblema del martirio,
de la rosa de pasión.



SAETA

¿Me censura con afán
y eso le da mucha fama?
Dile, por Dios, que haga un drama;
verás qué grita le dan.





A MI SOBRINA MARGARITA

—

EN UN CROMO

Me envías una mata
de pensamientos,
y pides uno solo
para dos muertos.
¿Qué he de decirte
si el dolor se profana
cuando se escribe?

—

En torno de mi lecho
vagan sus sombras,
y la luz de sus almas
brilla en la aurora.
El eco grato
aún repite los besos
que nos han dado.

Bajo una misma piedra
yacen sus huesos;
pero quedó insepulto
lo mejor de ellos.
El aire tibio,
aun conserva el perfum
de su cariño.

Anhelantes de gloria,
tuvieron prisa
al recorrer la senda
de la otra vida.
Están muy lejos...
¡Dios quiera que algún día
los encontremos!



LEAL

CUENTO



ABÍA un perro pachón,
por todos acariciado
porque era mal encarado
y se llamaba León;
mas cambió de modo tal
que el amo dijo una vez:
«Voy á premiar tu honradez.
Desde hoy... te llamas, Leal.»
Esperando otro regalo
quedó el perro, cuando el hombre:

(1) De *El Código del honor*.

«Fíjate bien en el nombre...
 ¡Leal!» dijo, y le dió un palo.
 «¡Guay de mí! (el perro exclamó.)
 Ese nombre es un poema.
 ¿Ser Leal?... *Ecco il problema.*»
 Aquel nombre le perdió.
 «¡Leal!» oía, y un chico
 le tiraba de la cola;
 «¡Leal!» y una cacerola
 le pegaba en el hocico.
 «¡Leal!» escuchaba absorto
 cuando olfateaba el queso;
 «¡Leal!» al tirarle un hueso;
 «¡Leal!» al atarle corto.
 Un día, el pobre animal
 ve á su dueño con un gorro
 hecho de la piel de un zorro...
 ¡su enemigo natural!
 y el amo, al notar que chilla
 el perro, y con él se encara,
 «¡Leal!» grita, y le dispara
 un tiro con mostacilla.
 Apenas oyó el vocablo,
 huyó el perro á la carrera;
 y, al pasar junto á una era

como alma que lleva el diablo,
 ladróle otro can: «¡Detente!»
 Y él contestó: «¡No haré tal!»
 —«¿Cómo te llamas?—«Leal.»
 —«Pues ¡corre, que viene gente!»
 —«¡Soy honrado!»—«¡Qué sandez!
 Quédate, si te parece,
 mas ya verás lo que escuece
 el premio de la honradez.»
 —«Ni te irás, ni iré contigo,»
 gruñó el otro, y le hizo presa;
 y él aullaba con sorpresa:
«Tu quoque! Tu quoque! ¡Amigo!»
 Bueno es que el lance recuerde
 al Leon domesticado.
 A perro leal y honrado
 hasta el amigo le muerde.





LA ABEJA Y LA AVISPA

A la abeja industriosa y aplicada,
que transformaba el jugo de las flores
en riquísima miel azucarada
por secretos primores
de su organización privilegiada,
una avispa crüel
le decía zumbando: «¡Eso no es miel!


»¡Con lástima contemplo
»tu afán por fabricar inmundo lodo!
»Yo tengo la receta... Toma ejemplo.»

Y así, zumbando la soberbia alada,
émulo de la abeja, no hubo rosa,
romero, ni tomillo
donde no sepultase codiciosa
la trompa envenenada
de su cuerpo amarillo.
Luego se colocó sobre un papel
y... (lo que elaboraba no era miel).

Críticos: no olvidéis la moraleja.
No es lo mismo la avispa que la abeja.

SAETA

Dos cosas que no hallarás:
un alacrán sin veneno,
y un pedante que halle bueno
lo que escriben los demás.



A AYALA ⁽¹⁾



RAS de una caja mortuoria
iba un tropel, al asunto
de llorar por un difunto
que está muy vivo en la historia.
Honrar su grata memoria
logró sin duda el tropel;
mas tanto valía aquél,
que ví, en un túmulo, yerto,
que los que honraron al muerto
se honraban con ir tras de él.

(1) Leída en el teatro Español.

¿Quién era? Lo pregunté,
 y dijo uno, indiferente:
 «Creo que fué Presidente
 »de un Congreso, ó no sé qué.»
 Mas de nuevo interrogué,
 y uno que estaba mirando
 á los que iban desfilando
 detrás de un coche de gala,
 contestó: «¡El poeta Ayala!...»
 ... (Ése lo dijo llorando).

Tan sensible defunción
 era verdad y es mentira.
 A gloria toque la lira
 si á muerto sonó el cañón.
 Las Cortes de la Nación
 sin Presidente han quedado;
 mas todo no lo han dejado
 bajo una lápida oculto;
 el genio quedó insepulto...
 y, el Presidente, enterrado.

¡Ayala! Llegó un momento
en que de tu mano fría
cayó el buril que esculpía
tu robusto pensamiento.
Pero tu abrasado aliento
el templo del arte llena;
aquí tu acento resuena;
el muerto ha resucitado
y aparece coronado
sobre el trono de la escena.



SAETA

Yo te llamo don Fulano,
y tú, Fulanito á mí;
y tú te quedas ufano...
y yo... me río de ti.



EN UN ABANICO

Te has empeñado en crecer,
y me quejo, y te da risa.

¡Pobre niña! ¡Ya mujer!...

Luz del alba, ¿tienes prisa?

¡Qué pronto ha de anochecer!



A HARTZENBUSCH ⁽¹⁾



o hace un año todavía
que el público, conmovido,
á un poeta esclarecido
sus laureles ofrecía.

En el templo de Talía,
clamor de gloria estalló,
y, anhelante, le escuchó
el poeta, que era anciano,
y con la trémula mano
una lágrima enjugó.

(1) Leída en el teatro Español.

Al ceñir de la victoria
la corona merecida,
Hartzenbusch cayó sin vida
abrumado por su gloria.
En su tránsito á la Historia,
con la muerte hizo un convenio;
algo, en que anidó su genio,
avara la tierra oculta,
mas, lo que no se sepulta,
flota aquí sobre el proscenio.

Aún palpita aquí el rumor
de aquel cántico armonioso,
que más grande y más famoso
hizo al Cid Campeador.
Como el héroe fué el autor,
la victoria iba en pos de él;
muerto sobre su corcel
venció el Cid en campo abierto;
y Hartzenbusch, después de muerto,
os demanda otro laurel.



EL EGOÍSMO (1)

APÓLOGO



Impulsos de extraño afán
y con insaciable anhelo,
agita, en rápido vuelo,
sus alas el huracán;
mas no encuentra lo que adora;
nada hay que le satisfaga,
con mortal caricia halaga;
quiere y ruge; triunfa y llora.
Nada aplaca su locura
ni detiene su carrera;
de las flores se apodera;

(1) Del drama *La moderna idolatría*.

se impacienta; se apresura;
 y, á las veces, da en girar
 (á imagen del egoísmo)
 como buscando en sí mismo
 algo, que no logra hallar,
 pues sólo el vacío encierra
 la inmensa sierpe de viento
 que se disipa al momento
 dejando un hoyo en la tierra,
 adonde cayendo van
 mustios pétalos de flor
 que, avariento y sin amor,
 arrebató el huracán.

.....
 Buscando espléndidas galas
 con insaciables antojos
 y girando entre despojos,
 que dispersa con las alas,
 así el egoísmo zumba
 y es, en torno de su hastío,
 sierpe enroscada al vacío
 sobre el foso de una tumba,
 donde vienen á caer
 los tributos del amor
 como pétalos de flor

arrancados por placer.
 El que á sí propio se quiere,
 tiene afán de torbellino,
 y, asolando su camino,
 gira y ruge y mata... y muere.



SAETA

¡Qué buenas cosas se calla!
 ¡Qué imponente es su silencio!
 Pues ese será muy pronto
 Presidente del Consejo.





AL PUEBLO ARGENTINO ⁽¹⁾

Arrollada su bandera
y enlutada la corona,
os contempla una matrona
de la noble estirpe ibera.

Es España, la nación
de quien la vuestra ha surgido;
la madre que os ha nutrido
con sangre del corazón.

(1) Publicada en el periódico *España y América*.

Poco auxilio os puede dar
la que, en aciaga fortuna,
fué perdiendo una por una
ricas perlas de la mar;

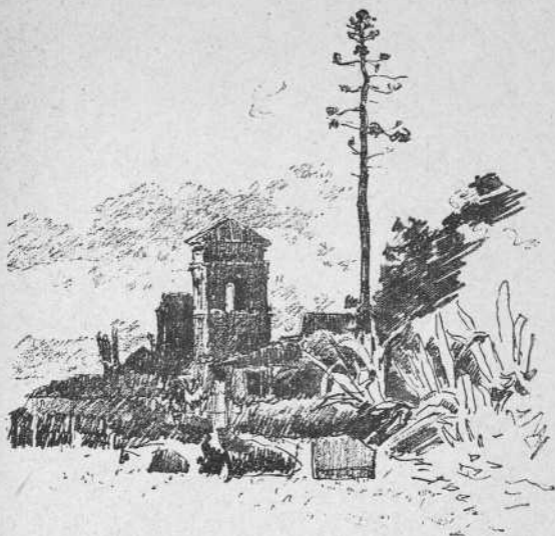
mas, si en todo su valor
apreciáis la cara ofrenda,
España os dará la hacienda
de los pobres: ¡el amor!



SAETA

De las cosas de este mundo
es la que me hace más gracia,
ver la cara de los tontos
cuando creen que me engañan.





Á MIS PAISANOS ⁽¹⁾

Os debo una explicación,
porque, sin gloria ni genio,
osé hollar este proscenio
augusto, de Calderón.

(1) Leídos en el teatro de Calderón de Valladolid, cuando se estrenó el drama *Los laureles de un poeta*.

Era en mí una obligación
llegar á vuestra presencia,
no de la benevolencia
codiciando el dulce fruto,
sino á rendir el tributo
de mi pobre inteligencia.

Pueblo vallisoletano:
si en mi drama hay algo bello,
míralo como un destello
de tu ingenio soberano.
El idioma castellano,
de tus labios he aprendido;
y, si en eso que has oído
(cuyas faltas me atribuyo)
algo es bueno, será tuyo
y á traértelo he venido.

No sé quién, pensando mal,
atribuyó á estos renglones
las mezquinas intenciones
de un agravio personal.
Contra aseveración tal,

mi propia altivez me escuda,
mas siempre con mano ruda
tocaré á guerra en mi lira
donde intente la mentira
pasar por verdad desnuda.

—

Dos veces, patria querida,
soy tuyo, y decirlo puedo;
que hoy llegué muerto de miedo
y tu aplauso me dió vida.
Esa gloria inmerecida
me embriaga, pero me inquieta,
pues veo que fué indiscreta
mi presunción, al brindarte
lo que he debido implorarte:
«Los laureles de un poeta.»





LOS CANTARES DE UN GITANO (1)



OTRA vez logró el infierno
despoblar un paraíso;
la tierra tembló de espanto;
la nieve ocultó el delito.
¡Por algo, tan tristes,
los que cantan en Andalucía
parece que gimen!

En ruinas está tu pueblo,
y en pie la ermita del Cristo,
donde á los hijos sin padre
llevan los padres sin hijos.

Militar, vuelve á la guerra,
que allí se muere con gloria
y aquí nos mata la pena.

(1) Publicada en el periódico *Andalucía*, después de los terremotos.

Se hundió tu casa una noche
sobre tu esposa y tu niño;
donde han brotado esas rosas
que están llorando rocío.

¡Por algo *se cantan*
las mujeres en Andalucía
deshechas en lágrimas!

Ese erial era su huerto,
y su choza esos escombros;
allí rezaba á la Virgen;
allí están sus huesos rotos.

¡No me digas que Dios quiso
ver tantos hijos sin madre!
Dime que no lo ha sabido.

Mírate en aquella fuente,
pero no bebas el agua,
que tiene color de sangre
y dicen que sabe á lágrimas.

¡Qué hermoso está el cielo!
¡Cuánta luz se refleja en el llanto
de los pobres huérfanos!

Amasando algo de tierra
con el sudor de mi rostro,
hice una casa muy pobre
y la arruinó un terremoto.

La pena me ahoga
y, al cantarla, se van por los aires
llorando las notas.

Venid á darnos cariño
los que no tengáis dinero,
que hay muchos desamparados
y hacen falta muchos besos.

Clavadla muy hondo,
que esa cruz se estremece y vacila
cuando hay terremoto.

Dadnos monedas de cobre
y de ellas haremos joyas,
poniéndolas un cerquillo
con las perlas que se lloran.

¡Caridad bendita,
ya verás qué cosecha recoges
en Andalucía!



A ROMEA



QUIÉN era? Al principio: *Un tal...*
después: *Un chico aplicado;*
luego: *Un actor inspirado;*
después: *Genio sin rival;*

luego... ¡Enemigo mortal!
El áspid mordió el laurel;
pero, si en algún papel
le ultrajaron con exceso,
ni valieron más por eso,
ni valía menos él.

El pigmeo, el comediante,
yo no sé por qué misterio,
trasladado al cementerio
resultó que era un gigante.
Recuerdo que, en ese instante,
un hoyo profundo ví;
quisieron meterle allí
y quizás no hallaron modo,
pues *no le enterraron todo*
cuando hay tanto de él aquí.

Enmudeció, y aún resuena
su acento en el alma mía;
le enterraron aquel día
y aún vive sobre la escena.
Aún oigo la voz, que atruena,
de aquel Walter iracundo;
después... silencio profundo,
poco nombre, mucha losa:
para el muerto sobró fosa;
para el genio, faltó mundo.

Antigua la moda es.
 A los héroes y á los justos
 los matamos á disgustos
 y los lloramos después.
 Mas hoy, que grande interés
 nos asocia en noble idea,
 os va á gustar lo que lea
 y lo sabéis de memoria;
 es un poema de gloria.
 Dice así: «¡Julián Romea!»



SAETA

¡Oh poder de la oratoria!
 Apenas se abren las Cortes
 empieza á bajar la Bolsa.

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DE BLASCO



o quería, ensartando
palabras huecas,
componer, no renglones,
sartas de perlas;
y luégo, abajo,
colgar mi nombre á guisa
de relicario;
mas las joyas son falsas;
el nombre oscuro;
y el collar que te ofrezco,
de poco lujo.

¿Le quieres fino?
Pues mándame el talento
de tu marido.



EL TONTO DEL SILBATO

CUENTO



Los pinches, en la cocina
de un conde de... no sé dónde,
pero un verdadero conde,
que pagaba, y con propina,
guisaban en competencia,
al son de los almireces,
ciertos platos que otras veces
gustaron á su excelencia;
y vieron que, no sé quién,
colándose de rondón,
se aproximaba al fogón,
mirándoles con desdén,
y, con aire doctoral,



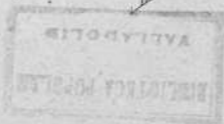
al contemplar cada plato,
 tocaba fuerte un silbato
 gritando después:—«¡Muy mal!»
 De tan severo censor
 comenzó á pensar la gente:
 «Debe ser cosa excelente
 »lo que guise este señor.»
 Mas, de pronto, un repostero
 dijo reparando en él:
 «¡Si este chambón es aquél
 »que sacó ahumado el puchero;
 »y cierto día guisó
 »un mirlo, pero de un modo
 »tan torpe, que, muerto y todo,
 »hasta el mirlo le silbó!»
 »Deje usted el pito, hermano,
 »y á la prueba ¡voto á San!
 »que las lecciones se dan
 »con la sartén en la mano.»
 Al cabo de unos instantes
 dijo el intruso:—«No quiero;
 »yo soy un gran cocinero...
 »de la clase de *silbantes*.»
 Y se alejó algo corrido
 murmurando á la sordina:

—«A silbar á otra cocina;
 »aquí ya me han conocido.»
 Era el tal un insensato,
 y su presunción extraña;
 pero hay muchos en España
 como el tonto del silbato,
 que andan *desfaciendo entuertos*,
 y cuando, por compromiso,
 se ponen á hacer un guiso,
 ¡los silban hasta los muertos!



SAETA

¡Dios te ayude! si estornudo;
 ¡Adios, chico! si me voy;
 ¡Dios te ampare! si te pido;
 y yo digo: ¡Qué re... Dios...!

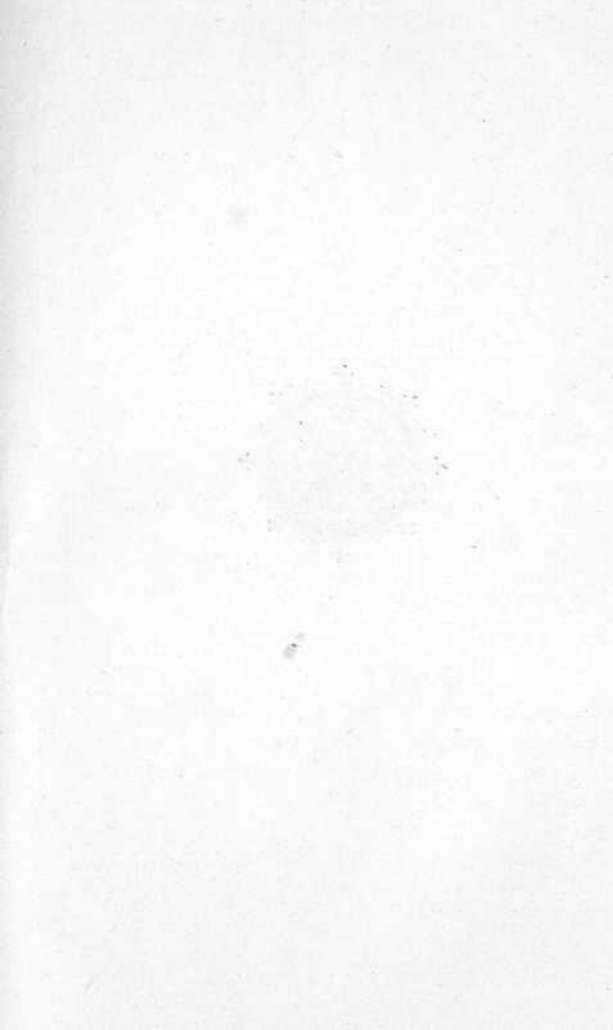


BIBLIOTECA POPULAR
TALLAHASSEE

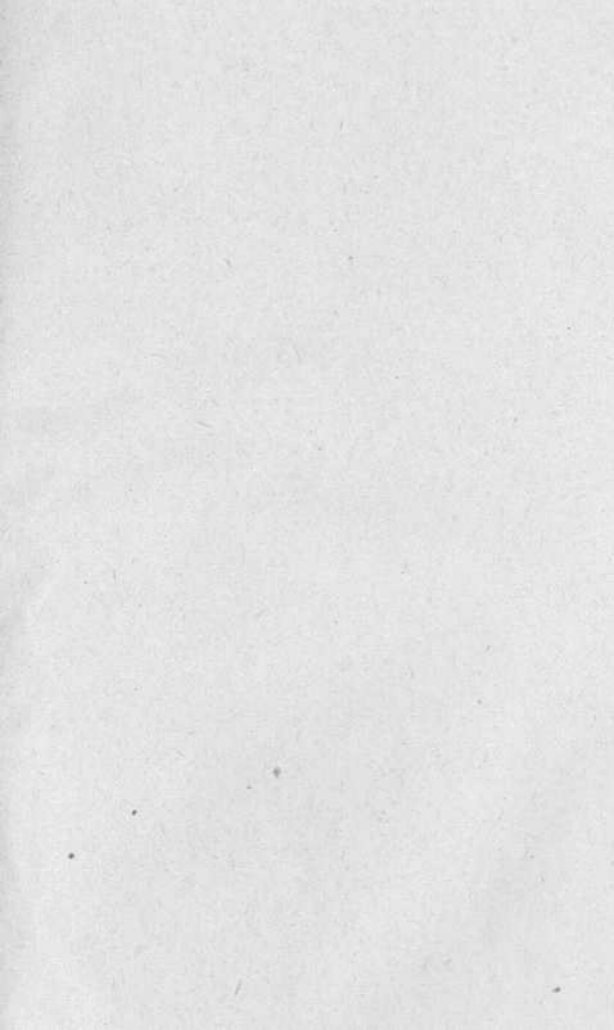
ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
El triunfo de la Fé.....	7
La retirada de los Tres.....	17
¡Caridad!.....	29
¡Y era manco! (Décimas á Cervantes).....	35
x Á la Patria (durante la guerra civil).....	37
Á Cartagena.....	41
Cuento de un gigante.....	47
Sobre el divorcio.....	65
Ante la estatua de Calderón (sonetos).....	67
La felicidad (apólogo).....	75
Un drama muy original.....	79
Epitafios de mi hermano y mi sobrino.....	91
El sexto sentido (cuento).....	93
Las desventuras de un chato.....	97
Caridad.....	111
La calumnia (cuento).....	113
En un abanico.....	115
Á Serra (décimas).....	117
La Opinión pública (primer cuento).....	121
¿La vida es sueño?.....	125

En un álbum.—En otro.....	127
Un muerto que hace reír.....	129
A. Margarita.....	133
La Opinión pública (segundo cuento).....	137
Lo que canté á mi patrona.....	139
El muerto de un ojo (cuento).....	145
¿Quién es ése?.....	147
La Frontera (apólogo).....	151
Á Valencia.....	153
Á Maiquez.....	159
Cuento.....	163
Dedicatoria de <i>La muerte de Lucrecia</i>	167
Á una actriz.....	169
El lazo roto (apólogo).....	171
Á mi sobrina Margarita.....	175
Leal (cuento).....	177
La Abeja y la Avispa.....	181
Á Ayala.....	183
En un abanico.....	187
Á Hartzenbusch.....	189
El Egoísmo (apólogo).....	191
Al pueblo argentino.....	195
Á mis paisanos.....	197
Los cantares de un gitano.....	201
Á Romea.....	205
En el álbum de la señora de Blasco.....	209
El tonto del silbato (cuento).....	211









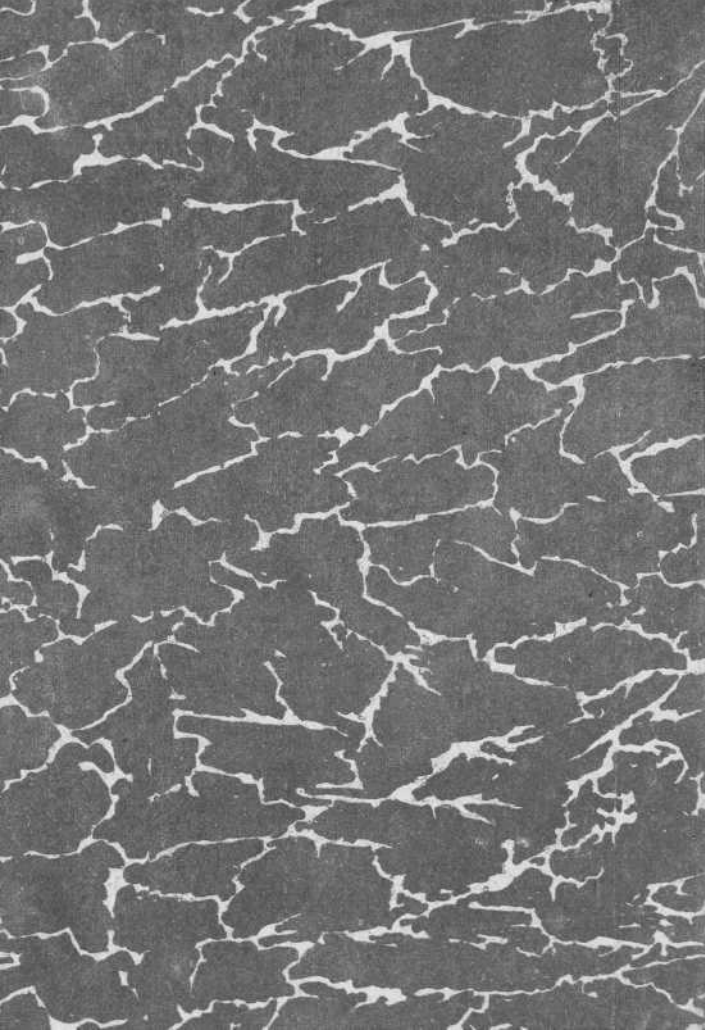


SL 907

80656



10000116407





L. CANO



CAETA

SL

907

ELLIOT &
POPULAR